95

SUR

PARIS
Lindas y Fuertes como ellos mismos
MEDIAS PARIS

Apesar de que nada tenga que decir de su marca de Whisky escocés actual, hay posibilidades de que encuentre mejor el Whisky "*Highland Queen*"

Haga un ensayo!

HIGHLAND QUEEN

Grand Liqueur

SCOTCH WHISKY

Destilado por:

MACDONALD & MUIR LTD.

LEITH, ESCOCIA

La Reina de los Whiskys

Unicos introductores: A. G. PRUDEN & Co.
Calle BOUCHARD 680 - U. T. 31 - 0064
Buenos Aires

MINISTERIO DE AGRICULTURA DE LA NACION

HARINA DE MAIZ

a 7 ctvs. el kilogramo

EN TODO EL PAIS

Con la colaboración de los Intendentes Municipales, que reúnen los pedidos correspondientes a los comerciantes de los respectivos municipios, el Ministerio de Agricultura de la Nación está realizando una amplia campaña de ventas de harina de maíz destinada al consumo popular, para prestigiar ese alimento en los hogares argentinos y para aumentar de tal modo el consumo habitual.

Los comerciantes minoristas reciben la harina de maíz a razón de cinco centavos el kilogramo, para venderla luego a siete centavos al público. Pueden hacer sus pedidos directamente o por intermedio del intendente municipal de la localidad.

Colabore en esta campaña dando el ejemplo: Incorpore a sus comidas habituales la harina de maíz, que es un alimento sano y económico.

JUNTA REGULADORA DE GRANOS

Comisión de Contralor del Comercio de Artículos de Primera Necesidad

PASEO COLON 974 BUENOS AIRES

CREDITOS

TAPICERIA
DECORACIONES
PUNTILLERIA
BLANCO
CORTINAS

La Reina

Bme MITRE y SUIPACHA • BUENOS AIRES

GLACIA

NOBILE - BUENOS AIRES

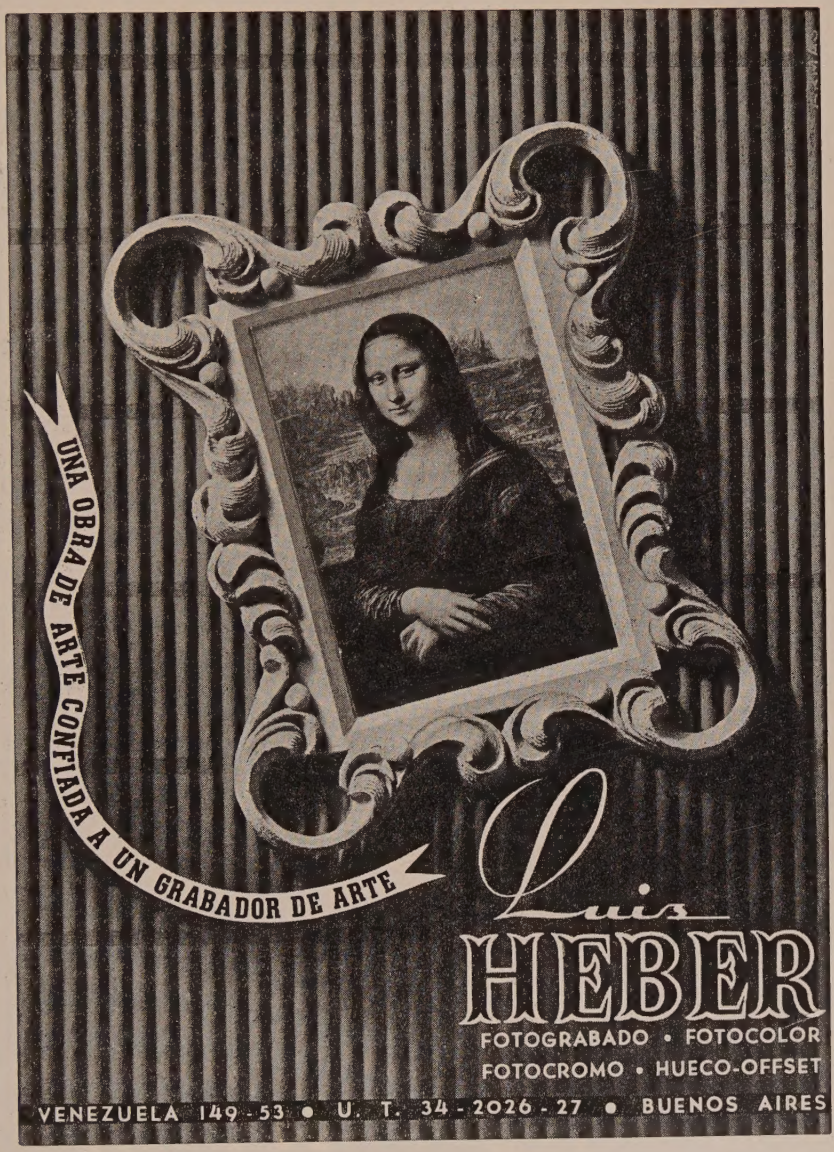
REFRIGERACION CIENTIFICA

Instalaciones para todas las aplicaciones del Frío Industrial

FABRICANTES E IMPORTADORES:

CASA SANTIAGO NOBILE

ACEVEDO 1946-54 - U. T. 71, Palermo 0703 - Buenos Aires


UNA OBRA DE ARTE CONFIADA A UN GRABADOR DE ARTE
Luis
HEBER
FOTOGRABADO • FOTOCOLOR
FOTOCROMO • HUECO-OFFSET
VENEZUELA 149 - 53 • U. T. 34 - 2026 - 27 • BUENOS AIRES

Asegúrese

máxima calidad...

¡verdadera economía!

FIBROCEMENTO

"ETERNIT"

Fabricado por ETERNIT ARGENTINA S. A.

CHAPAS - CAÑOS - PIEZAS

Para toda aplicación rural o urbana.

●

MATERIAL
SUPER - AISLANTE

"TREETEX"

Para revestimientos interiores y eficiente aislación contra calor, frío y ruidos.

●

TECHADO
ASFALTICO FRIO

"AGARTECH"

●

TAPAGOTERAS
Impermeabilizante
HIDROFUGO

"AGAR"

Solicite detalles y precios

Exíjalos al Agente de su localidad

AGAR CROSS & Co Ltd

BUENOS AIRES • ROSARIO
B. BLANCA • TUCUMAN • MENDOZA

EXQUISITOS DIURETICOS REFRESCANTES

pida

POMELOS

PINDAPOY

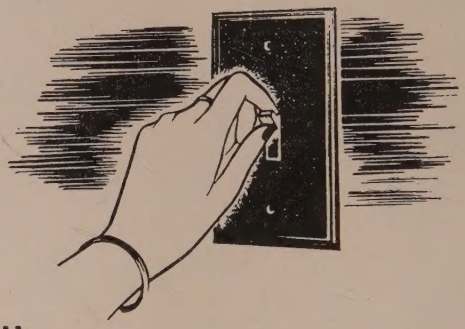
SIN SEMILLA

DISTRIBUIDORES

ELIO FILOMENA (Soc. de Resp. Lim.)

LAVALLE 3142 Unión Telef. 79 (Gómez) 3529 BUENOS AIRES

PARA SERVIR A USTED



Un simple movimiento de su mano pone a su servicio una vasta organización que día y noche está a sus órdenes. Miles de personas trabajan en ella, para producir y distribuir la energía eléctrica que lleva al hogar de Ud. más economía, comodidad e higiene.

CADE

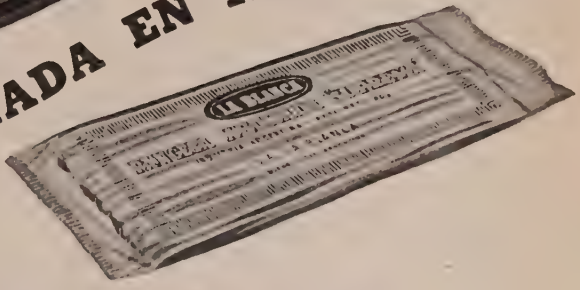
COMPAÑIA ARGENTINA
DE ELECTRICIDAD S. A.

UN BUEN DESAYUNO?

UN BUEN ALMUERZO?

UNA BUENA COMIDA?

PANCETA AHUMADA EN REBANADAS



LA BLANCA

3 grandes Albumes de Jazz

TEDDY WILSON - BILLIE HOLLIDAY
4 discos

THE DUKE - (DUQUE ELLINGTON y su orq.)
4 discos

JOHN KIRBY
4 discos

PRECIO $ 18.— CADA UNO

EN VENTA:

IRIBERRY, SUVA Y CIA. (S. R. L.)
CORRIENTES 591 U. T. 31 - 3846 BUENOS AIRES

ANTONIO MUGNANI y Cía.

EXPORTACION - IMPORTACION FRUTAS FRESCAS

MARCA REGISTRADA

La marca de las mejores uvas de SAN JUAN

BMÉ. MITRE 1124
TELEFONO 729
SAN JUAN

CABLES Y TELEGRAMAS
"MARAVILLA"

AGÜERO 508
U. T. 79, Gómez 2710
BUENOS AIRES

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

VICTORIA OCAMPO

AGOSTO DE 1942 AÑO XII

BUENOS AIRES

SUMARIO

WALDO FRANK

EL CORAZÓN DE LA LITERATURA NORTEAMERICANA MODERNA

SILVINA OCAMPO

A FRANCIA EN 1942

ROGER CAILLOIS

LA JERARQUÍA DE LOS SERES

ÁLVARO DE SILVA

UN ÁNGEL DE PUERTO RICO EN NUEVA YORK

(Con un dibujo de Norah Borges)

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

PEZ

GUILLERMO DE TORRE

MENÉNDEZ Y PELAYO Y LAS POLÉMICAS SOBRE ESPAÑA

(conclusión)

NOTAS

LOS LIBROS ☆ Michael Sadleir: "Fanny by gaslight", por *Jorge Luis Borges* ☆ Denis de Rougemont: "Suiza, corazón de Europa", por *Arturo Monfort* ☆ Ana M. Berry: "Las aventuras de Celendín", por *Marta Brunet* ☆ Juan Montalvo: "Páginas escogidas", por *Enrique Anderson Imbert* ☆ Rudyard Kipling: "La litera fantástica", por *Adolfo Bioy Casares* ☆ Ángel Guido: "Redescubrimiento de América en el arte", por *Julio E. Payró* ☆ CALENDARIO, por *Ernesto Sábato.*

EL CORAZÓN DE LA LITERATURA NORTEAMERICANA MODERNA

Los hindúes tienen una máxima: "En todo momento todos los peldaños de la escala de la vida y del conocimiento están ocupados". Es decir que en cada hora, yendo desde lo meramente inconsciente hasta la sabiduría más alta del destino del hombre, hay en cada nivel quienes representan y obran. Es ése un concepto orgánico de la vida humana, es un método para expresar en forma simbólica, y al mismo tiempo precisa, lo que en estas horas hemos olvidado: que la humanidad como conjunto es un organismo cuyos pies tocan el abismo y cuyos ojos y cuya mente tocan lo divino. Pero eso no significa que en una nación individual, en cualquier momento, exista tal conjunto, o que cada nación ocupe siempre todos los peldaños de la escala de la conciencia. Y si eso no es verdad de toda nación, claro está que es aún menos verdadero respecto a la expresión literaria y estética de cada nación.

La verdad es que ha habido en la historia del mundo una muy pequeña minoría de pueblos cuya articulación estética o literaria tuviera este carácter de conjunto universal del que hablan los hindúes. A lo más, entre las literaturas del mundo, sólo conozco cuatro o cinco que merezcan esta característica. Para merecerla verdaderamente, una literatura debe ser consciente de su propia totalidad orgánica. Y aplicando esta medida, tal vez no haya ni siquiera cuatro o cinco literaturas en la historia breve, pero ya tan ricamente variada de la humanidad, que merezcan esta caracterización universal.

Hasta la generación actual, la literatura de mi país no llegó a ser un organismo total, ni en forma inconsciente. Antes había unas pocas vo-

ces exaltadas que quedaban casi sin resonancia en el enorme vacío cultural del país — un vacío cultural que se llenó de muchas otras voces infantiles, imitativas, precisamente las que lograban más éxito, más público, porque expresaban la falta de vida orgánica en el pueblo como conjunto. Si tal falta de organicidad continuara todavía, no sería de asombrar.

Dentro de nuestro enorme desarrollo económico, mecánico y político. los norteamericanos seguimos siendo, culturalmente, un pueblo muy joven y primitivo. Voy a daros un solo ejemplo de lo que quiero decir al hablar de un pueblo "muy joven y primitivo".

Hace poco hablaba en Santiago del Estero con ese gran argentino, Bernardo Canal Feijóo, sobre la cultura quichua chaco-santiagueña de su provincia, y me explicó cómo, a pesar de la enorme riqueza de vocabulario de ese pueblo, que posee palabras, no sólo para cada existencia física, sino también para cada matiz emotivo de su vida íntima — un acervo más rico que el nuestro—, a pesar de esa riqueza, su lengua no tiene palabras de generalización. Así, pues, hay palabras para designar cada especie de árbol, pero no existe la palabra "árbol", hay palabras para todas las personas, pero no la palabra que significa "humanidad". Nosotros, los norteamericanos, sí tenemos palabras para expresar estos conceptos generales, pero son la herencia de una cultura medioeval que ya no nos pertenece. Si el vocabulario del pueblo de los Estados Unidos de América consistiera sólo en las palabras que ya tienen la médula de *nuestra* experiencia, sería quizá una lengua semejante al quichua de los chaco-santiagueños, por su falta de palabras para conceptos universales. Eso prueba que los elementos viejos y adultos de nuestra vida se han transfigurado en su conjunto joven. Pero la analogía con esta raza que quedó en una etapa primitiva de su desarrollo, cesa aquí.

Nuestra literatura es la prueba de nuestro potencial destino de madurez, de alcance de generalizaciones de experiencia y de pensamiento

universales. En nuestra verdadera lengua, las palabras que expresan la universalidad no son palabras sino organismos jóvenes y vitales de nuestra literatura. El pueblo que en un siglo de su existencia ha producido articulaciones de conciencia universal tan variadas como las obras de Thoreau, de Melville, de Whitman y de algunos otros, era un pueblo destinado a llegar a la madurez de conciencia humana. Y nuestra literatura contemporánea, en esta generación, ya está empezando a realizar esta promesa: todos los peldaños de la escala consciente están ocupados —aunque algunos sólo escasamente— en nuestra literatura de los últimos treinta años.

Abajo, como siempre más abundantes, están las voces infantiles. Estas voces no deben retener nuestra atención mucho tiempo. Además, vosotros las conocéis. Son las novelas populares, a veces premiadas, que por venir de un país cuyo desarrollo técnico es abrumador, a veces tienen una técnica muy hábil que enmascara su infantilismo. El gran hogar de esta producción es el cine, por supuesto, y todas las novelas y todos los dramas de esta familia tienden a su paraíso de aceptación: Hollywood.

La producción típica de Hollywood, la estructura arquetipo de estas voces infantiles, es el cuento de hadas disfrazado que todos vosotros conocéis en nuestro cine. El niño de otras civilizaciones se divertía con cuentos de hadas buenas y brujas, de dragones, de coches surgidos de zapallos, de chapines de cristal o plata, y, sobre todo, con historias de varita mágica. Las materias primas de nuestros ensueños son diferentes. En consecuencia, nuestros adultos infantiles se divierten con cuentos en los que el joven príncipe —vestido de mecánico, de periodista, de abogado u hombre de negocios— triunfa con su pureza y su genio sobre los políticos y los industriales corrompidos de la gran ciudad, ganando al fin la mano de la princesa, enmascarada en la hija del hombre adinerado.

James Steward, Gary Cooper y Spencer Tracy figuran entre los mejores especialistas en esta clase de cuentos de hadas, verdadero arquetipo, que no carece de cierto sabor lírico e infantil.

El gran peldaño de nuestra verdadera literatura, la etapa donde empieza a verse un valor intrínsecamente estético, podría llamarse el peldaño de la adolescencia. Y la expresión clásica de esta etapa adolescente se encuentra en la obra de ese adolescente enorme, Mark Twain.

Mark Twain fué un escritor bastante malo que llegó a crear una obra clásica en un momento de su larga carrera, por el milagro de una conjunción entre su espíritu adolescente y la condición adolescente de su pueblo de "pioneers" a mediados del siglo XIX. Esta obra clásica de Mark Twain, la única suya que tenga valor literario, se llama *Huckleberry Finn.* Es la historia de un niño apenas llegado a la adolescencia que flota aguas abajo del inmenso Mississipi, junto con un esclavo negro de igual edad emocional y espiritual. Estas dos deliciosas criaturas tienen muchas aventuras y encuentran a muchas personas, pero cada aventura y cada individuo están, emocional e intelectualmente, en la misma etapa adolescente. En toda la novela no hay un solo destello de madurez, no hay la más mínima sugerencia de que el destino de esos adolescentes sea llegar a una etapa diferente del desarrollo humano.

Es interesante comparar esta novela de adolescencia de nuestra frontera "pioneer", aparecida a mediados del siglo XIX, con una novela clásica argentina de adolescencia: *Don Segundo Sombra.* También en la hermosa novela de Güiraldes los personajes son trabajadores de una tierra primitiva, pero a cada momento el adolescente que relata la historia está observando a un hombre adulto, en cuya vida primitiva hay una madurez espiritual profunda, una madurez sin articulación intelectual, pero de conducta que revela puro espíritu de madurez humana. Esto no prueba la superioridad humana de la Argentina frente a los Estados

Unidos. Esto prueba, sencillamente, que en la época en que Güiraldes articuló su visión había más continuidad de tradición espiritual madura en el mundo hispanoamericano que en el nuestro de la época de Mark Twain.

Como expresión espiritual, el libro de Güiraldes puede ser considerado superior. Como expresión literaria, el libro del perpetuo adolescente que fué Mark Twain es mucho más fuerte y grande. Toda la bárbara energía de nuestro río más grande, el Mississipi, que atraviesa el continente entero, fluye en la historia de ese niño y de ese negro que escapa de su esclavitud.

Había en Mark Twain una división típicamente adolescente: en los libros que él publicó mostraba a su país una cara sonriente, confiada, optimista, y escondía dentro de su propia vida, y aún de su esposa y sus amigos, un pesimismo que los lectores no sospechaban y que se reveló póstumamente en dos obras —también típicamente adolescentes por su ciega misantropía— que fueron encontradas entre sus papeles después de su muerte, y que durante su vida no se había atrevido a publicar.

Recordad estas dos líneas divergentes en la vida del genio de Mark Twain, porque de ellas provienen los dos tipos de literatura más destacados de nuestra adolescencia contemporánea. Mark Twain es el verdadero padre de la buena literatura más divulgada de nuestra generación. Ni en Walt Whitman, ni en Thoreau, ni en Melville, ni en Poe, ni en Emily Dickinson, se encuentran los progenitores de la literatura nuestra de valor verdaderamente literario que ha hecho más camino. No en ellos, sino en Mark Twain. Mark Twain es el maestro de los que ocupan el peldaño de la adolescencia y ellos son los más numerosos y este peldaño el más frecuentado de nuestra escala.

Voy a nombrar muy rápidamente a algunos de los valores literarios más grandes entre los que ocupan el peldaño de la adolescencia. Por ejemplo, el decano de nuestros novelistas, Theodore Dreiser, adolescente de genio poderoso, cuyas novelas son el examen preciso y feroz de los

brutales hechos del desarrollo americano — examen realizado por una conciencia de adolescente, tiernamente confusa y dolorida. En él, encuentra expresión clara aquel lado que Mark Twain quiso amputarse — el pesimismo, la descripción que al observar la vida humana se produce allí donde no hay verdadera visión espiritual madura. Los protagonistas de Dreiser son mujeres primitivas, víctimas de la concupiscencia de los hombres, o son hombres igualmente primitivos, cuya concupiscencia del dinero y la mujer triunfa ciegamente y brutalmente.

También el continuador de Theodore Dreiser surgió de Mark Twain. Es Sherwood Anderson, adolescente lírico y profundo, cuyos cuentos pertenecen a los mejores relatos breves de la literatura mundial. Hay entre ellos algunos cuya perfección lírica y técnica recuerda las canciones de Franz Schubert. En ellos el dolor —escondido como pesimismo en Mark Twain y expresado como feroz relación de los hechos brutales de la vida en Theodore Dreiser— se hace llama de rebelión y de esperanza emocional. Sherwood Anderson busca un principio de salvación dentro de la selva de máquinas, tan fatales al alma humana; y lo encuentra en un primitivo culto del sexo, con independencia de escritores europeos como Lawrence — al que no conocía cuando empezó a escribir. Canta la emoción sexual reprimida, y sin embargo recreadora en la vida de los hombres y las mujeres pobres del Medio Oeste americano. La obra de Sherwood Anderson llega a la totalidad estética por la pureza y profundidad de su lirismo, cuya energía proviene de un redescubrimiento del amor dentro del hombre norteamericano, llevado tan lejos de su vieja cultura europea, y sin embargo conservando siempre el instinto y el hambre de nuestra Gran Tradición. Con todo no articula esa Gran Tradición en términos adultos de inteligencia o emoción, sino en el hambre primitiva del sexo.

Después de Anderson —muerto el año pasado en Panamá, en camino a América del Sur, de la cual le hablé tantas veces— viene en la misma línea un grupo de escritores de variado talento: tal vez ninguno

de ellos exprese más que un fragmento de la emoción que alcanza totalidad en la obra de los dos grandes maestros de la adolescencia, Theodore Dreiser y Sherwood Anderson. Está, por ejemplo, Ernest Hemingway, de gran habilidad estilística, pero en quien el sentimiento adolescente de la rebeldía, tan puro y líricamente expresado en Anderson, se transforma en bravata — la bravata del adolescente que esconde su miedo y su confusión tiernos en brutalidades, en el culto de la violencia y en jactancias orgullosas. Sin embargo, de vez en cuando hay también en Hemingway escapadas al puro emocionalismo sexual, principalmente en su mejor novela, su única novela de gran valor literario: *Farewell to arms.*

Esta ternura está completamente ausente en los discípulos de Hemingway, en la famosa y popularísima escuela "recocida" —"the *hard-boiled* writers"— entre cuyos más eminentes representantes están Dashiell Hammett y James Cain. Esta escuela de literatura brutal llega a la deshumanización completa. Como entretenimiento demuestra la degeneración de nuestros pueblos — no sólo del mío, puesto que esta clase de obras ha encontrado un público universal. Como arte, es un simulacro sin vida y sin valor reales — un simulacro desgraciadamente imitado por muchos intelectuales cuya estética no es más que un onanismo estéril.

Otro compañero del mismo peldaño de adolescencia era Thomas Wolfe, escritor de inmenso talento primario, cuya completa falta de control y de disciplina intelectual, espiritual y emocional, arruinó su obra. Sus novelas son una expresión gigantesca de los vapores adolescentes que en Anderson llegan a una forma casi clásica y en Hemingway, en nivel más bajo, alcanzan por lo menos una forma novelística muy brillante. Pero, siempre en este mismo peldaño, los dos novelistas de la nueva generación dotados de mayor talento literario son probablemente Erskine Caldwell y William Faulkner.

Faulkner es quizás el virtuoso más grande, más prodigioso de la

escuela norteamericana. Es un artista cuyas mejores obras no son indignas de pertenecer a la misma familia de técnica perfecta que las novelas de James Joyce, o los poemas de Baudelaire. Además, la comparación con estos dos grandes católicos caídos señala el verdadero lugar de Faulkner en nuestra escala. Su obra es una orquídea. Una flor perfecta, surgida de la miserable vida morbosa de nuestro Sur y que existe en sí, de por sí, como la orquídea, aparentemente sin conexión con la conciencia del conjunto del hombre — conciencia que nunca se pierde en las obras de un Joyce o de un Baudelaire. Esta disconexión moral e intelectual con la gran tradición del hombre provoca la desesperación de Faulkner, de la que el gran artista ha creado su orquidácea. Y es esta misma disposición la que coloca a Faulkner, a pesar de su virtuosidad técnica, no en la familia de los artistas maduros de la enfermedad espiritual humana —los Baudelaire, los Dostoyevski— sino con nuestros adolescentes — los Mark Twain, los Theodore Dreiser.

También Erskine Caldwell encuentra sus materiales en la vida miserable y morbosa de nuestro Sur — morbosa por el fracaso de los blancos de hacer frente con honestidad al problema negro. Revela su verdad con la brutal franqueza de Dreiser, pero también con una frescura vital que recuerda lo mejor de Mark Twain. Pero Erskine Caldwell es hombre más integral que Mark Twain. Su dolor no se esconde en el velo de un pesimismo negro, como el de Mark Twain: su dolor se torna ironía. La ironía trágica no es rasgo adolescente, y en la última obra de Caldwell —*Trouble in July*— hay una lucidez de conciencia, un control de la materia dentro de una visión total, y sobre todo una ternura en la descripción de los vicios más bajos, que demuestran que este artista ya no pertenece al peldaño donde lo colocaron sus primeros libros, ya no pertenece al peldaño de la adolescencia.

El drama es siempre la más joven de las artes literarias. Contrariamente al poema y al cuento, necesita una honda armonía social: la colaboración integral de varias clases de artistas teatrales —el poeta, el actor, el bailarín, el músico, el pintor escenógrafo, etc.— entre sí y con un grupo social consciente. Ese grupo —el público que va al teatro— no existe sino en sociedades bastante desarrolladas. Cuando empieza a existir, como todo nacimiento, evoluciona desde un nivel primitivo — lo cual explica el infantilismo de nuestro único teatro popular: el cine. Entre nosotros, también existen comienzos de otras artes teatrales: el baile, el vaudeville, pero son asuntos demasiado alejados de la literatura para que aquí les prestemos atención.

Sin embargo, de ese teatro infantil —el cine— ya ha salido un hombre de genio. Dios pone el genio dondequiera que le gusta, muchas veces en lugares e individuos paradójicos. Por ejemplo, ¿dónde en la Argentina he encontrado un genio de visión moderna y de disciplina atrevida en el arte sino en Córdoba, que es quizás la ciudad menos liberada y despierta de toda la Argentina? He nombrado a ese joven maestro del grabado, que cuenta entre los artistas más auténticos de nuestras Américas: Mauricio Lasansky. De una manera análoga, dentro de la fábrica de técnicas modernas y visiones infantiles que es Hollywood, nació la obra genial de Charles Chaplin. He hablado mucho de su obra, de su lirismo rebelde. No es este el momento de ampliar lo que otras veces he dicho: la relación es clara entre su poesía plástica y el mundo adolescente de que hemos hablado. Tal vez es éste un arte juvenil, pero fuerte, incorrupto como la niñez. Lo importante es que Charles Chaplin, con ese lirismo de rebeldía personal contra el mundo regido por la máquina, creó dentro de Hollywood —mundo análogamente regido por la máquina— un teatro completo, y lo defendió contra las infiltraciones ajenas a su ambiente durante más de veinte años.

El primer hombre de nuestro drama literario es, indudablemente, Eugenio O'Neill. Empezó escribiendo pequeños dramas de la vida marí-

tima, cuyos personajes y situaciones poco sutiles eran expuestos desde un nivel cercano a la conciencia de los personajes mismos. La obra maestra de Eugenio O'Neill es tal vez su tragedia de la Nueva Inglaterra *Desire under the elms*, cuadro despiadado de la agonía del puritanismo. Luego empezó O'Neill a complicarse intelectualmente. Sus últimas obras, presuntuosas, son de un valor muy discutible. Intelectualmente demuestran gran curiosidad, fuerza y madurez, pero es controvertible si la visión orgánica del dramaturgo, si su desarrollo como artista, han igualado su evolución intelectual.

Entre los continuadores de O'Neill, valiosos en el teatro literario, se destacan dos: Clifford Odets y William Saroyan. Indiscutiblemente los dos pertenecen al gran peldaño de la adolescencia, pero los dos son auténticamente líricos, los dos están dotados de verdadero genio teatral. Saroyan, hijo de armenios, produce un teatro de fantasía más infantil que adolescente, sin embargo poético y hábilmente compuesto. Con esa fantasía subjetiva y falsamente liberada de los problemas y realidades actuales, halaga tal vez demasiado al público burgués de Broadway — contento de olvidar las verdades en las emociones humanitarias pero fantásticas que su obra despierta. Odets es indudablemente el más profundo de los dos. Como Saroyan tiene poco más de 30 años. Salió de la más pequeña y miserable burguesía del Bronx de Nueva York — el barrio en que sólo viven judíos pobres e irlandeses pobres. El diálogo de Odets es muy superior al de O'Neill. Es el primer diálogo de valor plástico en nuestro teatro. El gran dramaturgo irlandés John M. Synge inconscientemente tradujo los ritmos, los matices de la antigua lengua irlandesa, a un inglés poéticamente disciplinado y clásico. Análogamente, Odets, cuyos padres hablaban el yidisch, ha introducido los ritmos y matices del yidisch en un inglés vernáculo neoyorkino que es una maravilla de precisión explosiva. Vive en ese diálogo toda la angustia y la búsqueda de los judíos pobres. Se puede decir que Odets es un Synge menor y judío. Con todo, su teatro, a pesar de su valor

literário, no pasa todavía del peldaño de la adolescencia. Si trascendiera ese nivel, tal vez perdería su público; sería un poeta más grande, pero un dramaturgo de menos instinto teatral.

Y ahora, por vez primera en nuestra historia "los de abajo" empiezan a tener una voz literaria válida. Pienso en el novelista irlandés de Chicago, James Farrell, hijo de católicos ignorantes, que se hizo furiosamente anti-católico y cuya obra es revelación despiadada de la corrupción moral y espiritual en las calles pobres de su ciudad. Pienso en Edward Dahlberg, ese infeliz asilado de un orfelinato de Cleveland, Ohio, la inmensa ciudad industrial a orillas del lago Erie. Dahlberg ha sido vagabundo, soldado, mensajero, pinche de cocina en restaurants baratos; ha sufrido todas las humillaciones, hombre sin familia ni amparo alguno, y es nuestro esteta proletario. Su inglés es tan perfecto como el francés de Falubert, y en esa exquisitez se esconde un desprecio, un odio por la vida capitalista, comparado con el cual el menosprecio de Falubert era un malhumor de aficionado.

El más interesante de los que deliberadamente expresan la vida de abajo en las grandes ciudades, el mejor dotado, es John Dos Passos, a quien podríamos llamar el esteta marxista. Dos Passos, a diferencia de Farrell y de Dahlberg, viene de la burguesía, se graduó en Harvard y es hombre de amplia cultura. Por religión, más que por filosofía, se hizo marxista en la última guerra y ha producido una obra esquemática cuya visión de los seres humanos está construída sobre la teoría marxista. A la verdad, hay un inmenso conflicto entre lo que se podría llamar la teología de Dos Passos —el materialismo dialéctico— y su temperamento, que es el de un impresionista delicado. Y precisamente, de esa antítesis surgen sus novelas como uno de los documentos literarios más típicos de nuestra época.

A pesar de las películas, no os asombra que tengamos un proletariado en los Estados Unidos. Lo que tal vez no sepáis es que tenemos una raza hermosamente dotada, de más de doce millones de almas, que son en su mayor parte proletarios y campesinos. He nombrado a los Negros — la raza que tanto ha contribuído a nuestro desarrollo espiritual y estético, y a la que hemos pagado con injusticia y desprecio.

Ha habido muchos escritores negros, pero hasta la generación actual han tenido poco valor literario. La nota de protesta, de defensa racial, aunque muy comprensible y naturalmente perdonable, disminuyó la conciencia objetiva, tan necesaria en estética literaria. Ahora hay toda una generación de jóvenes negros, que por lo menos llegan al umbral de la verdadera literatura.

El primero de ellos es Jean Toomer. Desgraciadamente desapareció como escritor después de un comienzo magnífico. Le siguieron, después, un poeta como Langston Hughes, un novelista como Richard Wright. Los dos son revolucionarios y han sabido hallar la conjunción entre la tragedia de su raza y la tragedia de todos los explotados del mundo —conjunción rica en poesía. La obra del joven Wright, aún muy imperfecta, interesa particularmente por haber fundido una pasión verdaderamente africana —pero de lo más oscuro y caliente de África— con la miseria de los negros de los Estados Unidos.

Pero si los negros, aproximadamente en su conjunto, son una raza explotada por nuestra civilización capitalista, ¿no se puede decir que en el mundo entero hay también una mitad de la humanidad de algún modo explotada, si no esclavizada: la mujer? La voz de la mujer, a lo largo de los siglos, no ha alcanzado muchas veces independencia estética, porque en cada generación la mujer, como esposa y como madre, ha contribuído con la visión y la verdad de su dolor a las voces de los hombres — al genio del hombre. Ella ha expresado, anónimamente, su parte mayor y mejor en la voz de la humanidad.

Hay excepciones. Y ha habido una gran excepción en nuestro país, y de la que ya he hablado en Buenos Aires: la poetisa Emily Dickinson. Era una solterona del siglo XIX, sin ideas feministas. Su poesía es un grito de la esencia femenina. Vinieron luego generaciones de mujeres mucho más liberadas en sentido político e intelectual. Los cien últimos años de mi país están llenos de escritoras, principalmente novelistas y poetisas. Ninguna de ellas ha igualado la obra de Emily Dickinson.

Eso no significa que esté mal para la mujer tener la libertad económica y política, social y emocional: significa simplemente que tales libertades no bastan para liberar a la mujer. Lo que hace falta a la mujer es la aceptación total de su naturaleza femenina. Únicamente con la aceptación de esa necesidad, llega la mujer a la libertad.

A pesar de los admirables derechos políticos y sociales que los Estados Unidos han dado a la mujer, toda nuestra civilización mecanizada y puritana ha sido, esencialmente, enemiga del ser femenino. Es por eso que la escritora de nuestra generación que quizá tenga más valor es la novelista Evelyn Scott. Ella ha hecho una obra de amargura infinita contra nuestro mundo norteamericano, como si sintiera en su carne que la mujer, aun dentro de la libertad económica y social, puede sentirse desterrada.

Las hermanas más jóvenes de Evelyn Scott encajan en su mundo americano, en la medida en que el mundo "pioneer" y puritano queda a distancia. Muchas de ellas son seres maduramente evolucionados. Ninguna, hasta ahora, ha llegado a ser un dirigente literario de primera categoría, aunque sí tenemos hábiles e influyentes escritoras políticas, como Dorothy Thompson y Freda Kirchwey.

La situación es distinta en la América Hispana. Si se busca un poeta cuyo poder, fuerza y nobleza sean altos como los Andes, se podría nombrar a una mujer: Gabriela Mistral. Si se busca un dirigente literario y cultural cuyo gusto exquisito y preciso y cuyo valor sin

vacilaciones representa lo mejor en la ciudad más grande de la América del Sur, se podría nombrar a una mujer: Victoria Ocampo. La razón es que en vuestra cultura la mujer puede expresarse integralmente como mujer. Y si nombro a Gabriela Mistral, a Victoria Ocampo, o a Juana de Ibarbourou, ellas son sólo tres entre otras.

Eso no significa que la mujer hispanoamericana no necesite libertades políticas, económicas, sociales (principalmente morales) mayores de las que tiene. Pero sí significa que a pesar de la anticuada posición legal y social de la mujer aquí, la médula de vuestra cultura ha conservado por lo menos un principio en el cual la mujer puede vivir y ser aceptada como mujer por el hombre y por sí misma.

Entre tanto, en esta escala tan variada de nuestra literatura hay tantos individuos que ni siquiera la visión más esquemática llegaría a situar, exactamente, a cada uno en su lugar preciso. Por ejemplo, el gran poeta de Nueva Inglaterra, Robert Frost. Ya es un viejo, que vive lejos del movimiento literario. Su obra, no abundante, consiste principalmente en retratos poéticos de los granjeros que trabajan en el norte de Boston, bajo la religión rígidamente ascética de las iglesias protestantes. Este hijo de puritanos reveló la tragedia, la furia silenciosa, la locura escondida, en esas granjas. Pero bajo esos males reveló la belleza y la eternidad del alma humana. Dentro de la enfermedad, la frustración, la locura, originadas en el puritanismo degenerado y materializado, reveló la belleza eterna de las almas, que esa misma iglesia predicaba. En la otra costa de nuestro país continental vive otro solitario trágico, el poeta Robinson Jeffers, de California. Si Frost, a pesar de su heterodoxia, revela al hombre el amor tierno de los profetas, Robinson Jeffers describe los seres contemporáneos, los pobres seres contemporáneos de sus pueblos, con una falta de piedad griega.

En un pueblito de New Jersey vive otro tipo de poeta solitario.

Este hombre, que se está acercando a los sesenta años, trabajó toda su vida como médico. El día entero, con su rústica manera humana, atiende a mujeres y niños, humildes habitantes del pueblo, muchos de los cuales lo han conocido desde que los trajo al mundo, y ni siquiera uno entre un centenar sospecha que su amado doctor Williams es un poeta. No es sólo un poeta; desde la muerte de Hart Crane, William Carlos Williams es probablemente el más profundo de los poetas americanos vivos. Sin embargo, como escritor ha continuado siendo un solitario, casi un eremita. Ni uno solo de sus muchos volúmenes (que incluyen tanto novelas y ensayos como poesías) ha llegado más allá de un público minuciosamente pequeño. Sus mejores poemas son semillas, duras y anárquicas (no sin relación, en su críptico lenguaje de solitario, con los versos de Emily Dickinson): con todo, semillas equipadas con alas como las semillas aladas del *quebracho*. Su novela reciente, *White Mule*, es un retrato poético de hombres y mujeres humildes, menos lírico que los de Anderson, pero escrito en una prosa que es un triunfo de precisión vernacular, desprovista de toda retórica y ornamento. Y su volumen de crítica, *In the American Grain*, es una de las pocas interpretaciones recreativas, en nuestra literatura, de figuras tan legendarias como Daniel Boone y la princesa india Pocahontas.

Pero no todos nuestros poetas son trágicos y solitarios. Tenemos, por ejemplo, un poeta de honda acción social y política, como Archibald MacLeish, y un gran trovador, vagabundo tierno y alegre, como Carl Sandburg.

Cuando conocí hace más de veinte años a Carl Sandburg, ese hijo de inmigrantes suecos era repórter de asuntos obreros en un gran diario de Chicago. Todo el día vagaba por las calles de su ciudad, con un cigarro barato siempre en la boca, y en los bolsillos, siempre, pedacitos de papel en los cuales, entre tranvías y entrevistas, escribía los versos de sus exquisitos poemas sobre la gran ciudad y la pradera. Por las noches tocaba su guitarra, cantaba canciones de negros y bebía infinitas tazas

de café. Más tarde, este trovador vagabundo, perdido su lirismo infantil, se dedicó durante veinte años a escribir la historia de nuestro santo más profundo: Abraham Lincoln. Mostró, más que capacidad académica, una capacidad de disciplina, coleccionando cada letra, cada palabra de nuestro más grande presidente, y llegó a introducir en las largas páginas de su historia, la misma ternura con que canta sus canciones de negro y con que cantó la vida íntima perdida en el humo de Chicago.

Sí; ved vosotros qué compleja y qué rica es la escala de nuestras letras.

Sin embargo, he olvidado un peldaño, un peldaño que aparentemente no tiene ningún representante— ni siquiera de valor literario mínimo— en nuestra literatura: el de los fascistas conscientes. Es verdad que tenemos muchos escritorzuelos miserables, que son fascistas más o menos abiertamente. No alcanzan, empero, a la categoría de escritores.

Tan fuerte es la tradición democrática en el país, que los simpatizantes del fascismo (los con tendencias afines a la psicología fascista: por ejemplo el desprecio por el hombre humilde, el amor por la violencia y la muerte) deben esconder su posición hasta de sí mismos. De ellos hay varios. Para estudiarlos necesitaría un análisis psicopatológico-literario muy agudo, para el que no tenemos tiempo.

Y, entre tanto, avanzan los buscadores de la rica madurez promisora, la madurez necesaria para el país, que al fin reconoce su verdadero destino. Hay un historiador de la literatura como Van Wyck Brooks, que ha dedicado su vida a lo que él llama "nuestro uso del pasado". Está Randolph Bourne, el jorobado heroico, hermano de vuestro José Carlos Mariátegui, peruano, que también era lisiado. Ya desde la última guerra empezó a estudiar la necesidad de un enlace creador orgánico entre el obrero y el artista, entre un proletariado del trabajo y una aristocracia intelectual y espiritual. Hay un erudito como Lewis Mumford, cuya vasta cultura de la técnica, la vida y las artes de la ciudad, se funde en obras de interpretación de nuestra vida actual que ya se están

convirtiendo en programas de acción para nuestros jóvenes. Y hay en nuestra iglesia un teólogo como Reinhold Niebuhr, que como Van Wyck Brooks hace un uso literario de nuestro pasado, y que como Lewis Mumford —con la vida y la técnica de la ciudad— está reinterpretando la Biblia y las intuiciones religiosas de nuestra cultura, no únicamente en términos de ética moderna, sino como acción creadora que alcanza a la política. Y finalmente nuestro gran poeta místico y trágico, Hart Crane, muerto hace diez años, que en su poema *El puente* unió el pasado esencial de nuestro mundo americano efectivo con la energía futura y la promesa de nuestra Gran Tradición. Y si no hago más que nombrar a esos líderes, es porque el estudio de cada uno de ellos daría para más de una hora.

Como véis, la Gran Tradición vuelve. Tuvo sus voces solitarias en poetas como Poe, Melville, Whitman, Thoreau, Emily Dickinson y nuestro último gran bardo: Hart Crane. Voces todas solitarias y aparentemente perdidas en la vasta vida inconsciente del pueblo. Ahora, la Gran Tradición vuelve en forma más directamente integrada en la textura de nuestra vida cotidiana, de nuestra vida literaria y de nuestra vida intelectual cotidianas. Vuelve. Lo que eran intuiciones ignoradas y casi perdidas dentro de la masa orgánica de la nación, se transforman lentamente, con mucho dolor y esfuerzo, en conciencia de un pueblo todavía en su mayor parte adolescente e inconsciente, pero ya oscuramente impulsado hacia su gran destino.

WALDO FRANK

A FRANCIA EN 1942

Quisiera al venerarte olvidarme de mí.
Demasiado lo sé, Francia, tú que has dictado
el himno más heroico y el verso más amado:
estos alejandrinos no son dignos de ti.

Perdóname si busco la evocación biográfica:
la vana inspiración, los versos imprecisos,
los lánguidos recursos de perpetuos Narcisos,
tal vez te han abrumado ya en tu lengua seráfica.

Debajo de tus mesas en mi infancia calqué
láminas que no fueron nunca identificadas.
Mas empezaba a ver... Por ti me fueron dadas
las formas de las cosas: sin saberlo te amé.

Te amé porque me dabas la devoción ambigua:
en tu idioma que no es enteramente el mío
admiré un primer cuadro terrible, un primer río,
el poema primero, su verso que apacigua.

Como un hada invisible, con palabras seguras,
con cielos y hojas trémulas, me señalaste objetos;
llevaban inscripciones y brillantes secretos,
meticulosas líneas musicales y puras.

Pienso ahora que entonces me enseñabas tus signos
sensiblemente claros, tus bosques y tus santos,
la precisión de un lago, tus encendidos cantos,
como si fuera adulta. En jardines benignos

me mostrabas Europa. En mí tal vez no había
confusiones de patrias: eras el mundo entero,
eras la rosa abierta y el frío mes de enero,
eras todos los viajes, la despedida, el día;

eras la playa larga donde un rey de Inglaterra
se paseaba mostrando su cara ya lejana
a todos tus balcones; eras la esquiva hermana,
la enternecida voz y en mis manos la tierra.

Después de algunos años, cuando yo volví a verte,
te descubrí de nuevo. Sobre otra imagen tuya
tu imagen superpuesta doblemente fué tuya,
y fuiste toda Europa... dilecta de la suerte.

Lloré en tu capital las calles argentinas,
el gomero y el pájaro demasiado elocuente.
En tus brumas de otoño bajé tal vez la frente
recordando las cuadras de frecuentes esquinas.

En tus campos busqué la formación quimérica
de un almacén rosado, de un alambrado gris,
las sirenas de un puerto al llegar a París.
Me extrañaba que fueras tan distinta de América,

que no fueras confusa, que no fueras vacía,
que exigieras del hombre una atención constante
como debe tener por su amada el amante...
Cantaré tu esplendor, pero sin cortesía.

Las lágrimas perturban las hondas reverencias
y sé que no podré sin desfallecimiento
decir con venturosa métrica lo que siento.
Me hiciste conocer dulces magnificencias

y para agradecértelo yo necesitaría
la voz estremecida de uno de tus poetas,
vocablos luminosos, con frescuras secretas,
para cantar tu suave, tu amarga apología.

En ti nacieron, Francia, la clara, afortunada
música de Ravel, del lúcido Racine
el puro alejandrino, macizo el querubín
de Fouquet, y de Verlaine la rima enamorada;

con cintas desteñidas, en el pasado, fatuas,
por Degas modelada la dócil bailarina;
de Marcel Proust las páginas del tiempo que se obstina,
rostros como jardines, devoradas estatuas;

las pensativas manos en las tapicerías,
el Sena donde tu agua se desliza distinta
como un agua ya sabia de recuerdos encinta,
las ninfas de las fuentes con sus genealogías

y las tumbas marítimas, y los trémulos pinos
con palomas de mármol. Ah! no te faltó nada,
ni modestias de trébol, ni la paisana atada
por delicadas sombras a los anchos caminos,

ni lo que yo diría en los versos que omito.
Con dulzura imperiosa tus colinas proclaman
la intimidad del árbol: todavía me llaman
tus palpitantes plátanos, el sendero fortuito.

Los nombres de tus pueblos, los nombres de tus ríos
y de tus catedrales, no sólo son tus nombres.
Cuántas veces te dije: *Oh Francia! no me asombres*:
antes me contentaban los clamados rocíos

de una borrosa patria, su orilla apasionada,
la inmodesta llanura, el delictuoso puente...
Me faltarás un día, serás preeminente
—ahora lo presiento— serás la prolongada

ansiedad del regreso. No penetro en tus casas,
no me llevan tus trenes, no te miro bastante,
a tu literatura puedo ser inconstante,
y sin embargo siento que en el tiempo me abrazas.

Pienso en tu ahora afable, lúgubre primavera.
A quién das en los parques la quietud de tus sillas!
A quién das tus misterios! Como en las pesadillas,
en tus lagos verdosos, por qué ávida extranjera

figura mortificas tus antiguos reflejos!
Cuántas niñas que yo crucé un día en tus puertas,
más lejanas están que si estuvieran muertas,
buscando a sus hermanos en los vacuos espejos.

El retrato admirado de Mademoiselle Rivière
con guantes amarillos, ¿qué ojos irreverentes
o qué ojos apenados lo admiran diferentes
viendo la torturada cara de otra mujer?

En qué alto laberinto de admirables auroras
entre tus habitantes sabes que hay algo triste:
una herida implacable, oscura, que persiste
y en un delirio atónito va siguiendo las horas.

En qué horror subterráneo trabajan tus obreros
con todas las desdichas, en su tierra escondidos:
hombres que protegías, sonámbulos y heridos
no ven cielo en tus cielos ahora tan severos.

Creerán que te han perdido los que te aman, Francia.
Lejos de ti no encuentran los mares que los lleven
a lugares soñados que en tus labios conmueven:
sin ti perdieron algo virtual como la infancia.

Pero yo sé que un día serás la Francia de antes.
Yo sé que tus soldados mueren entre murallas
execradas. Imploran las fúlgidas metrallas
y una sangre piadosa para que te levantes,

Francia de Juana de Arco, de las celestes voces,
de los querubes de oro, de los más puros goces.
Francia de los Franceses Libres, que ya se arroja
con alas y con túnica azul y blanca y roja.

Dejarán de sufrir tus obreros cansados,
volverán a tus bosques suaves caras humanas
como aquellas que adornan tus blancas porcelanas.
Vendrán días felices. Venturosos y alados,

sobre las sombras gratas se abrirán ventanales,
reflejarán los lagos tu pristina virtud,
tus follajes, tus frases, tu grave plenitud,
y sólo quedarán las voces fraternales.

Y no será esa dicha, dicha para ti sola.
Repartirán los ángeles la luz de tu aureola.
Para eso está el futuro: un cielo embanderado
fiel y resplandeciente llegará, liberado.

SILVINA OCAMPO

LA JERARQUÍA DE LOS SERES

Relaciones y oposiciones de la democracia, los regímenes totalitarios y la noción de orden [1].

Gracias a los regímenes totalitarios, los principios democráticos han ganado un momento de favor que los beneficia de manera un tanto paradójica: he aquí que de pronto han quedado fuera de discusión, cuando lo primero que ellos afirman es el derecho a discutirlo todo. Por lo demás, es éste un hábito muy generalizado: no rechazamos un argumento porque su valor sea insuficiente, sino por la tendencia que evoca en nosotros. ¡Si por lo menos examináramos! Pero condenamos en un movimiento de horror. Así, los que se han pronunciado contra el hecho o los ideales de los fascismos aplican indistintamente, por una lógica enteramente afectiva, el epíteto de fascista a todo aquel que ofende de cualquier manera su sensibilidad. Se usa el término sin mirar su contenido y éste acaba por no remitir a ninguna realidad precisa, a ninguna definición precisa: designa solamente cierto conjunto de reacciones sentimentales en aquel que lo emplea, y sirve muy pronto para justificarlas allí

[1] Este trabajo quiere ser un examen objetivo y totalmente teórico de las concepciones políticas. Sólo me han atraído los principios, su fuerza o su debilidad intrínsecas, sus relaciones mutuas. Por lo demás, debo confesar mi total impotencia en cuanto a los problemas tácticos de la realidad política. Por ello no hay que buscar en este artículo nada que pueda interpretarse como resultado de una intención polémica. Lo he escrito con la preocupación de esclarecer una cuestión oscurecida por múltiples y peligrosas confusiones. Al final no hago más que proponer la conclusión que a mi juicio se desprende necesariamente de mi argumentación. Cada uno es libre de considerar mi argumentación convincente o no. En cuanto a las consecuencias prácticas que comporta eventualmente la solución propuesta, corresponden a los hombres de intriga y no a los hombres de principio. Más que nunca parece indispensable hacer la distinción y también más que nunca es lamentable tener que hacerla, tan seguro es que se necesita la unión de una gran habilidad y de un gran propósito para que triunfen las grandes empresas.

donde la reflexión muestra la escasez de su fundamento: en lugar de condenar aquello que revela en el examen los caracteres de los fascismos, llamamos fascismo a todo aquello que condenamos por reflejo. A tal punto, que quienes suponen definir con este término una realidad exterior, no hacen más que designar los sentimientos que esta realidad ha provocado en ellos.

Hay que señalar que semejante proceder, esta amplitud que se ha dado a los sobresaltos instintivos, esta manera de sustituir un argumento por un calificativo, es típico del modo fascista y quizá se ha instaurado por imitación, de suerte que hasta la manera que tenemos de servirnos de la palabra delata una conquista del fascismo. Igualmente puede admitirse sin gran vacilación como otra victoria de los fascismos, la metamorfosis que han sufrido las fuerzas políticas que reivindicaban para sí las doctrinas internacionalistas y antimilitaristas y que se han transformado en partidos adictos a la patria y al ejército, exaltando a éste y considerándose los únicos defensores auténticos de aquella. Sea cual fuere la opinión que se profese sobre lo bien fundado de semejante táctica, debemos reconocer de todos modos que aquí también los regímenes totalitarios han obligado a sus enemigos a imitarlos para vencerlos y que de esta manera han obtenido un triunfo nada despreciable, triunfo que significa nada menos que haber retrotraído las cosas al orden antiguo.

Este hecho es tan sorprendente, tan escandaloso a primera vista, que cabe preguntarse si no traduce una especie de necesidad natural; dicho de otro modo, si la democracia no se encuentra respecto de los regímenes totalitarios en un estado tal de debilidad constitucional que sólo puede resistirles eficazmente pareciéndose a ellos.

Se advierte fácilmente la razón general de esta acomodación obligatoria, cuyos efectos comprobamos, por otra parte, todos los días: en principio, la democracia no debe emplear la fuerza contra aquellos que prefieren un régimen diferente del suyo: ¿acaso no reposa en la libertad de opinión de cada uno? Pero he aquí que sus enemigos representan al mayor número: ¿se resignará ella a cederles el sitio, a dejarse

anonadar por ellos? Eso es el fascismo en el poder. A la inversa, si la democracia se niega, si sus partidarios están en minoría y se sostienen por la violencia con el fin de impedir la instauración de esa dictadura reclamada por una muchedumbre enceguecida, si se quiere, pero numéricamente fuerte, si a despecho del juego parlamentario y de la voluntad popular expresada en las elecciones, esa minoría quiere, a pesar de todo, asegurar el respeto y la salvación de los principios que la fundan, ¿acaso no los aniquila al pretender salvarlos de este modo? Nada se parece tanto al fascismo como esta manera de vencerlo, y, sin embargo, no se ve otra. Es decir que la democracia encierra una fatalidad de fascismo, ya sea que se deje eliminar por él, ya sea que para eliminarlo deba tomar de él todo aquello que lo define [1].

Ocurre así que una democracia que tiene fe en sí misma cree que es su derecho, casi su deber, imponer a los extraviados la razón, la justicia, la felicidad que ellos no quieren: pero los dictadores no pretenden hacer otra cosa, y se comprende de pronto que muestren tan pocos escrúpulos en presentar a sus regímenes como si fueran especies de democracias perfeccionadas, que se jacten de un consenso popular mucho mayor que el de los países donde éste consenso fiscaliza en principio a sus gobernantes. Hay algo más que puntos de contacto entre democracia y fascismo; hay, a pesar del violento antagonismo, una filiación inevitable y un parentesco singular que permiten comprender que el fascismo no reniegue de la totalidad de la herencia democrática y que indican ya que es posible concebir una hostilidad contra la democracia junto a una análoga aversión a los fascismos.

De hecho, es significativo comprobar hasta qué punto se muestra embarazada la lógica pasional que quiere que todo lo que no es totalitario sea democrático y viceversa, frente a una realidad un poco original.

[1] Se dirá que en un caso la dictadura representa el régimen definitivo; en otro, una necesidad pasajera, una medida transitoria. Es olvidar la ley de bronce que preside en las sociedades la génesis, el crecimiento y la destrucción del poder. Abundan los caminos del liberalismo a la tiranía. De la tiranía al liberalismo no hay más que los de la vejez y el desgaste.

Si se presenta un caso cualquiera, nadie vacila en clasificarlo, pero cada uno lo clasifica de modo diferente. Se puede elegir: no entra en cuenta ningún signo objetivo y cada uno deja hablar a sus preferencias. Si lo que está en tela de juicio es por ejemplo el régimen soviético, sus partidarios lo consideran como una democracia sin fallas y sus adversarios como una perfecta dictadura. La misma ambivalencia se trasluce respecto de las concepciones de género aristocrático. Como éstas se oponen directamente a la democracia, se las clasifica en seguida, en virtud del mecanismo afectivo ya denunciado, entre las infamias fascistas. Sin embargo debemos confesar que nada está más alejado de las doctrinas fascistas, cuyo postulado fundamental afirma una subordinación igual de todos los individuos a la comunidad nacional, que las concepciones aristocráticas. Si alguna idea niega radicalmente el fascismo, no es en modo alguno la de la igualdad de los derechos de los ciudadanos, considerada como el fundamento de la democracia y rechazadas por las doctrinas aristocráticas. Vemos, por el contrario, que el fascismo se apodera de ella y le suma una igualdad de deberes, que por lo demás se sobrentiende, y que sólo cierta decadencia del funcionamiento de la democracia obligaba explícitamente a formular. Más aún, se esfuerza por crear en el dominio práctico una solidaridad efectiva entre los ciudadanos. El Estado admite que tiene las mismas obligaciones hacia todos los miembros de la colectividad e impone a todos las mismas obligaciones con respecto a él. Al fin de cuentas y concretamente, los derechos del individuo ya no tienen más que una existencia caricaturesca, pero por lo menos queda salvaguardado el principio democrático de la igualdad: se trata de una igualdad en la casi nulidad, sin duda muy poco seductora para un espíritu democrático, pero que mantiene intacto el principio de la democracia. Inversamente, un ideal de tipo aristocrático resulta un escándalo tan grande para el fascismo como para la democracia. Así, pues, la distinción nietzscheana entre amos y esclavos choca de frente con la concepción fundamental del fascismo. Es verdad que el estado fascista reposa sobre la afirmación de

la desigualdad natural de los hombres, pero cuando se trata de separar los elegidos de los despreciados, coloca de golpe a la totalidad de sus ciudadanos entre los primeros y arroja al resto del mundo en las tinieblas exteriores. Se cuida, por el contrario, de plantear el principio, que socavaría su fundamento, de una desigualdad natural entre sus ciudadanos. Así como entra en la lógica del régimen hitlerista el proclamar la superioridad del ario sobre el judío o el negro, así es imposible para tal régimen (y esto es correlativo de aquello) reconocer oficialmente la superioridad de unos alemanes sobre otros. Se sobrentiende que esto no se refiere a la especie de superioridad exterior que procura la riqueza o que confiere una función, sino a aquella que nadie puede quitarle al individuo sin atentar contra la integridad de su ser y que depende, según el punto de vista que se adopte, del vigor de su constitución, de la agudeza de su inteligencia o de la fuerza de su carácter.

En cierto sentido parece posible definir el fascismo como una tentativa de ligar estas superioridades diversas —que son, por lo demás, tan independientes las unas de las otras— a premisas biológicas o pretendidamente biológicas, que permiten a la vez ponerlas fuera de toda duda y atribuirlas globalmente a todos los miembros de la comunidad nacional. El nacimiento colma así automáticamente a los unos con las ventajas que quita a los otros. El mérito no puede nada contra la sangre, o, mejor dicho, la sangre predestina a cada uno al mérito o a la indignidad, a la grandeza o a la servidumbre.

Los fascistas instituyen así una raza bendita y una raza maldita, pero deben poner mucho cuidado para no romper la unidad de la nación que, por el contrario, se empeñan en reforzar. Se ve toda la ventaja que comportan la exaltación del germano y la opresión del judío. La raza elegida y la comunidad nacional deben tender a superponerse, a coincidir. A la inversa, si Aniante ensalza a los que han nacido en verano y denigra a los que vieron la luz en invierno, es declarado herético. La razón es clara: no todos los italianos han nacido en verano. Con todo, la idea no se malogra por esto, sino que se adapta; y como

toda la Península pasa por ser una región cálida y soleada, el dictador no tarda en pronunciar un discurso oponiendo los pueblos de las regiones cálidas, impregnados de la fuerza vivificante del sol, a las poblaciones enclenques y ateridas de los países de nieblas.

Ha llegado el momento de delimitar, de medir el principal antagonismo entre regímenes totalitarios y democráticos. Las necesidades inmediatas de la lucha política hacen que el antagonismo parezca absoluto. No se imagina ningún tercer término. Ello acontece porque las naciones autoritarias y las potencias democráticas dividen el mundo en dos campos enemigos, sin dejar lugar para un tercer partido, en el que fuera posible agruparse. Llevamos entonces esta alternativa al plano del espíritu, y en cuanto avanzamos una concepción de tipo diferente, como nada la encarna políticamente, se la identifica, sin examen, con una o con otra de las ideologías adversas que vemos combatirse todos los días. En realidad, si es fácil reconocer en la práctica el fascismo y la democracia, es más difícil de lo que parece al comienzo descubrir una oposición teórica lo suficientemente clara entre ambos sistemas. La mayoría de las que creemos asir se debilitan o se desvanecen en cuanto las estrujamos. No son más que matices, que cambios de acento, que diferencias de grado, que variedades de interpretación. Ni siquiera es difícil hacer que un demócrata acepte el "Führerprinzip" tal como lo vemos formulado más a menudo, por muy hostil que podamos imaginarlo a la aplicación de este mismo principio en el régimen hitlerista. ¿No es necesario acaso que un dirigente responsable pueda usar libremente de su poder? Toda responsabilidad supone el ejercicio de una autoridad definida, pero absoluta dentro de sus límites. El fascista acrece, a la vez, la una y la otra; el demócrata fracciona las dos. Pero la diferencia sólo está en la aplicación. Casi desesperaríamos de advertir la menor oposición doctrinaria para realidades que, según se asegura, son tan heterogéneas. Hay una, sin embargo, que basta para manifestar su

incompatibilidad. El fascismo y la democracia concuerdan, lo hemos visto, en afirmar la igualdad de derechos de los ciudadanos, pero mientras que el primero la asigna únicamente a los miembros de la comunidad nacional, privilegiados según él por la raza, por la educación y por el régimen, la segunda la extiende a todos los habitantes del globo. El fascismo demuestra así su esencia nacionalista, ligada a un postulado étnico, a una tradición histórica, a un territorio geográfico, a una "tierra de los padres", cuyo interés debe estar por encima de cualquier principio. La democracia, por el contrario, aparece como universalista y se dirige a todos los hombres, sin hacer ninguna distinción. Reposa en un ideal de justicia, de verdad, de respeto por el contrato, al que nada debe ser preferido, en principio, y que reinará en la ciudad del porvenir, "la tierra de los hijos" [1]. Por muy extraño que esto parezca, se busca en vano alguna otra discriminación indiscutible entre fascismo y democracia, o alguna que no haya sido objetada de hecho por una u otra de las partes interesadas. Pero esta discriminación es importante y muchas otras dependen de ella. Hace vislumbrar que la ambición culminante de la democracia es la igualdad de todos ante la ley, en el seno de una República Universal, y que la del fascismo es la dominación efectiva del mundo por un pueblo al que un conjunto de cualidades naturales o adquiridas han hecho superior a los demás.

Ya hemos visto que la lucha entre esas dos concepciones era desigual, ya que la democracia, para seguir siendo ella misma, está obligada a negarse a utilizar contra el fascismo los medios que éste emplea para atacarla. Pero el fascismo tampoco está preservado de toda contradicción. Puede, en efecto, considerarse como una variedad patológica, como una especie de perversión de la democracia. Todo Estado que

[1] Esta distinción entre la *tierra de los padres* (patria, "Vaterland") y la *tierra de los hijos* ("kinderland") es de origen nietzscheano. (cf. G. Bataille, *Acephale*, enero 1937, págs. 10-11). Me sirvo de ella aquí no solamente para oponer la democracia y el fascismo, sino, de una manera general, las doctrinas que significan un subyugamiento al pasado y la exaltación de la herencia y las que, vueltas exclusivamente hacia el porvenir, reclaman el advenimiento de un mundo nuevo.

adopta la democracia debe buscar siempre un compromiso entre sus intereses egoístas de nación y las exigencias universales de los principios que ha hecho suyos. En caso de profunda humillación patriótica, el sueño de fraternidad general cede fácilmente su lugar al resentimiento y al deseo de desquite. El que pertenece a un Estado que reclama "igualdad de derechos" no puede sentirse ciudadano del mundo: se siente más bien paria. La nación que se cree al margen de las otras y despreciada por las otras, acaba muy pronto, movida por su necesidad de compensación, por jactarse de estar destinada a oprimir a sus vencedores actuales. Por ello el fascismo se desarrolla en los vencidos o en los insatisfechos. Se ve entonces que no hace sino vestir con ropas nuevas las antiguas rivalidades nacionales. Llega un momento en que la ideología pasa a segundo término y bajo una forma distinta renace la antigua voluntad de poder: más de una nación se juzga digna de conquistar el universo y no hay ninguna que se deje doblegar de buen grado.

Frente a esta doble perspectiva de aniquilamiento, se pone uno a concebir un principio de gobierno que no comporte ni la debilidad inherente a la democracia, ni los peligros y los engaños del fascismo. Se entra, cierto, deliberadamente en la utopía. Pero, ¿no comienza acaso todo por ser utópico? Además, la necesidad de proponer algo totalmente nuevo sólo puede acrecentar aún la impresión de irrealidad total que debe adherirse a la sugestión. Reconocido esto, no parecerá falto de sentido, teóricamente hablando, plantear el principio de una jerarquía de los seres, valedera universalmente, sin estar limitada por ninguna determinación de carácter colectivo o exterior, tales como raza, nacionalidad, religión, clase, fortuna, nacimiento, etc. Llegamos entonces a afrontar, por encima de esas limitaciones, el desarrollo de una comunidad electiva, un orden compuesto por hombres resueltos y lúcidos que reúnen sus afinidades y la voluntad común de subyugar, al menos oficiosamente, a sus semejantes poco dotados para conducirse por sí solos, una asociación de gran densidad, que superpondría su propia arquitectura a

las diversas estructuras ya existentes y trabajaría para descomponer a las unas y para domesticar a las otras. Una organización de este género aparece como notablemente más universalista que la democracia, cuyo destino, pese a todo, está ligado a un territorio, a un Estado determinado: por más que la Revolución de 1789 haya definido los derechos del hombre en general, esos derechos estuvieron encarnados en la República francesa, fueron defendidos y propagados por sus soldados. Con mayor razón, en este punto el orden se opone aún más a los fascismos nacionalistas. Mejor todavía, los vence en su propio terreno, mostrándose más antigualitario que ellos, pues desplaza de las masas a los individuos y así multiplica, al mismo tiempo que la universaliza, la lucha por la superioridad. Y como en cierto sentido tiende a dislocar la comunidad nacional en que se funda el Estado fascista y sobre la cual la democracia sólo reposa secundariamente, debe considerarse más peligroso para ese Estado que para la democracia.

De hecho, el principio de la equivalencia de cada ciudadano ante el interés común y el de la igualdad de sus derechos se afirman tanto más severamente, cuanto que están limitados por un Estado que los asigna únicamente a sus nacionales, cuya superioridad de masa sirve entonces para justificar apetitos imperialistas o una política de persecución y expoliación respecto de una minoría alógena. Se enseña a sí a los germanos a respetarse entre ellos y a explotar al judío. En Esparta, los que oprimían a los ilotas se habían reservado para sí mismos el nombre de Iguales. Sea como fuere, este principo de la igualdad teórica de derechos, generalizado como lo quiere la democracia o restringido como lo reclama el fascismo, es precisamente lo que rechaza sin apelación la noción de orden o de comunidad electiva.

Se puede aceptar como un objetivo del espíritu, un objetivo razonable y que nada seguro puede contradecir, que los hombres nacen iguales en derecho. Pero no se puede admitir, como lo afirma en su primer artículo la Declaración de 1789, que siguen siéndolo. En verdad, el nacimiento sólo da al individuo condiciones de desarrollo muy desigua-

les; vemos que la miseria torna inútiles el valor y el talento, mientras que la fortuna se lo facilita todo al incapaz. Así es como esta igualdad teórica de derechos va acompañada, en su punto de partida, de la más lamentable desigualdad en las posibilidades de usar de ella. Todo lo que hace, a lo sumo, es servir de fórmula de buena intención, y como sólo existe abstractamente, el espíritu se inclina a compensar su falta de alcance atribuyéndole un carácter intangible y definitivo. Pero en realidad no hay nada menos estable, más frágil, que la propiedad de un derecho: el mérito lo confiere, la indignidad lo hace perder. En el fondo, todo gobierno reposa sobre el principio de una continua circulación de estos derechos, que el uno acumula y el otro pierde. Para considerar el ejemplo más grosero, el primero acaba por tener el derecho de privar al segundo de los suyos: todo termina en el tribunal donde uno es juez y el otro acusado.

El individuo parece determinado por su ser mismo a obedecer o a mandar, no en virtud de una libre elección de su voluntad, sino como consecuencia de esa necesidad que orienta a cada uno, sin que tengamos conciencia de ello, hacia el objeto de sus gustos esenciales. Las cosas, por cierto, no son tan sencillas como para que los unos se descubran vocación para dirigir y los otros para someterse. Si hubiera que escuchar las preferencias de cada uno, veríamos muchos amos y muy pocos servidores. No es necesario hacer esta encuesta estéril. No hay nadie que, guiado por sus inclinaciones, no se crea habilitado o descalificado para gobernar a los hombres. Todos tratan de alcanzar el placer que les conviene: el uno trata de satisfacer sus sentidos; el otro, su deseo de dominio. Es arbitrario poner a éste por encima de aquél, pero hay que dar a cada uno lo suyo. Los dos obedecen a su naturaleza: no se debe condenar al uno ni alabar al otro. Por lo demás, les espera una recompensa más digna, un castigo más seguro, que, a decir verdad, no son sino la consecuencia mecánica de su conducta, una sanción inevitable que manifiesta más la relación necesaria de los efectos y de las causas de lo que satisface a la justicia distributiva. Uno que es glotón,

se complace en comer; otro se embriaga; al de más allá le gustan las mujeres y las busca hasta la saciedad. Aparentemente debieran conformarse con esto, que es lo que prefieren. Esta elección nos da su medida y es difícil saber qué más podrían pedir que aquello que los colma. Saborean la dicha de su deseo, viven la vida de sus sueños. Les abandonamos el goce de las riquezas, de las mujeres, de las obras maestras del arte. Los placeres de la carne y del espíritu les pertenecen. Pero las alegrías áridas de la independencia y del poder no son para ellos. Las mismas felicidades con que se contentan y que llegan a secar en ellos hasta la fuente de cualquier otra sed se les han tornado como extrañas e inconcebibles. Esta sed sólo abrasa a los que no beben en otra parte; al pobre, al casto, al sobrio, al que desdeña las bebidas embriagadoras y prefiere el agua pura, la única que le refresca, la fría transparencia, llena de luz, que hay que robarle a los hielos de las cimas, y que le hace superior al opulento, que hace temblar ante su silencio a los charlatanes y a los elocuentes, que hace que su reserva sea más exigente que la violencia y que la cólera de los ávidos. Reciben por ello, como una investidura real, el ascendiente que destina a la dominación de los seres. El privilegio que compran a fuerza de tantos renunciamientos, que no deben a la virtud de ninguna droga halagadora, de ningún filtro sabio, sino al agua viva de las grandes altitudes del alma y, para decirlo mejor, a sus nieves eternas: ¿a quién se le ocurriría, o, de ocurrírsele, quién tendría fuerza para disputárselo? ¿Y qué les quedaría si no lo lograran? Les consienten a los otros la felicidad y no buscan más que el poderío. Éste les pertenece, en verdad.

Nada externo viene a empujar al individuo por el camino que deberá tomar: no le ayudan ni la raza, ni la patria, ni su condición; ni siquiera la fortuna o el rango de sus padres, que solamente le facilitan —y es mucho decir— el acceso a la servidumbre o a la tiranía. Debe tan sólo a su ser profundo el preferir las golosinas de los sentidos o el sabor del dominio. El carácter, que no depende de nada, lo decide todo. La necesidad lo endurece o lo ejercita; los deseos que se satis-

facen siempre sin esfuerzo corren el riesgo de embotarlo y disminuirlo. La lucha por la vida afila, para el uno, el arma que el otro deja enmohecer porque no se sirve de ella. Aunque hubiesen sido iguales en el punto de partida, dejarían pronto de serlo. El uno gana lo que el otro pierde; y, de pronto, fuera de toda coacción, tan sólo por el declive natural de las grandes pendientes, ocurre que la sumisión y la autoridad han tomado cuerpo y se han compuesto la una con la otra.

Tal es el único fundamento de la noción de orden: el principio de la diferencia específica de los seres, es decir, de su jerarquía. Lo demás es usurpación total. No hay allí nada que nadie no admita corrientemente. No se puede concebir el gobierno sin el mando de los unos y la obediencia de los otros. La democracia debe aceptar que el poder resida en ciertas manos; lo único que hace es precisar que es objeto de delegación siempre revocable. Sus depositarios lo detentan en virtud de un contrato implícito y quedan bajo la fiscalización de sus comitentes. Para la doctrina del orden, por el contrario, el imperio de los unos sobre los otros es una ley de naturaleza y el resultado de un destino. En lugar de que los gobernantes sean los primeros servidores de la ley, son ellos los legisladores que la establecen o la suspenden. Sólo limita su poder la virtud de que disponen para hacerla respetar. Mandan mientras sus órdenes son ejecutadas y ponen a prueba su autoridad en cada una de sus órdenes. Si se pudiera quedar en los términos de sujeción y de obediencia, ¿quién no aceptaría con entusiasmo esta organización de la sociedad para un mundo mejor? Pero en cuanto se los concibe como los dones felices o funestos de una predestinación, hay que ir hasta el fin y suponer la fatalidad de despotismo de toda autoridad, la fatalidad de esclavitud de toda obediencia. El equilibrio, entonces, llega a ser cada vez más inestable: el que admite al tirano admite al regicida. "Hasta es necesario —dice de Maistre— que los autores de esas terribles ejecuciones no sean infamados por la opinión pública". Por lo demás, estas corrupciones marchan a la par, ya que, sean cuales fueren los medios de opresión que se pone en juego, no es

posible imaginar la servidumbre sin cierto consentimiento por parte de las víctimas. Harto lo sabemos desde La Böetie, el cual dijo que el tirano no tenía más brazos para oprimir a sus víctimas que los brazos que éstas le prestan, ni más oídos ni más ojos para vigilarlas que los de ellos, y que su fuerza, en fin, está hecha de la obediencia de sus súbditos. Todo poder que no sea espiritual y puro acaba en sangre. No hay más autoridad estable que la que no coacciona sino por el ejemplo y sólo se apoya en la estimación y en la admiración.

No hay que dudarlo: la democracia, presa entre la universalidad de sus fundamentos y la preocupación egoísta de sus intereses nacionales, se encuentra en una situación débil ante el fascismo, que identifica en propio provecho sus principios y sus ambiciones. Sin cesar pone a la democracia en contradicción con ella misma, sin que ésta pueda pagarle jamás con la misma moneda. Se vanagloria de todo lo que ella le reprocha. Por eso, contra él, pierde de antemano la partida: el fascismo lo sobrepuja. Pero a la ideología fascista se le puede oponer alguna doctrina que posea sobre ella la misma ventaja de posición que ella ha sabido ganarle a las concepciones democráticas. Hay que oponerle la noción de orden, valedera para la totalidad de los hombres, que no subordina a los apetitos nacionalistas, a las coaliciones de intereses de toda clase, el porvenir de aquellos a quienes la fatalidad destina a dictar la ley, y la felicidad de los otros para quienes la obediencia es una carga ligera cuando pueden ser esclavos de sus placeres.

La noción de orden se dirige lo mismo a quienes pertenecen a regímenes autoritarios, que a quienes dependen de las potencias liberales. Ella opone a todas las naciones la imagen de una patria diseminada, dispersa por todo el globo, que reúne, en una ciudad invisible, a todos los que se han reconocido como de la misma naturaleza y del mismo destino. Representa, en un porvenir tan lejano como se quiera, aquello que el fascismo, que arroja a las masas las unas contra las otras, y aque-

llo que la democracia, que consagra ciegamente la desastrosa ley del número, serán siempre impotentes para encarnar: la esperanza en una comunidad universal donde el poder no será confiado al incapaz y al indigno, sino a quienes califica para ejercerlo el desprecio que sienten por los demás bienes del mundo.

Así se presenta el problema en el dominio del espíritu. Hay que confesar que esto no trae automáticamente ninguna consecuencia en el dominio de los hechos, donde la razón del más fuerte es siempre la mejor por el momento. La noción de orden, por más seguro que imaginemos su triunfo supremo, no será nunca más que un sueño vano hasta tanto no haya llegado a ser el principio activo de una fuerza viva a la cual aportaría, en cambio, su fatalidad de victoria. Ahora bien, ni la democracia ni el fascismo pueden adoptarla o prevalerse de ella. Tienen su camino trazado de antemano: todo debilidad para aquella, todo ruinas para éste, y renegarían de sí mismos si se apartaran de esta ruta. Es menester que se levante una fuerza nueva de esos escombros y de esa vetustez. Todo partido innvovador, revolucionario, internacionalista, puede ser esa fuerza de porvenir. Llevaría en sí suficientes esperanzas y posibilidades para reivindicar la noción de orden. Bastaría aún que en el interior de sus fuerzas, una minoría decidida adoptara y mantuviera su ideal. Ni siquiera necesita publicidad: entre el secreto y la noción de orden hay una singular y natural conexión.

ROGER CAILLOIS

UN ANGEL DE PUERTO RICO EN NUEVA YORK

—Lo veo a usted aquí todos los días — dijo la señora Kelly —. ¿Es usted inquilino? Porque si ocupa una cama por la noche, tiene que pagar cincuenta centavos, ya lo sabe.

Yo no vivía allí. Cierto que no. Sólo venía a visitar a unos amigos. Tenía mi cuarto en Brooklyn. Esa mujer chiquita, de ojos azules, sabía que yo estaba mintiendo. Pero era una especie de madre para unos cuantos holgazanes extranjeros. Algunos le pagaban.

La pieza que alquilaba, una habitación larga y estrecha como un vestíbulo, daba al corredor de entrada de la casa de la calle 86, Oeste, así es que no se necesitaba pasar por el departamento de la señora Kelly para entrar. Siete catres, uno al lado del otro, formaban una sola cama larga y común. Entre catre y catre quedaba muy poco espacio; casi siempre los inquilinos caminaban sobre ellos y casi siempre también maldecían todos en español, en griego, en polaco, en servio, en búlgaro y en otros idiomas.

La señora Kelly hacía su aparición a eso de la medianoche, antes de irse a dormir, para cobrar el alojamiento. Traía consigo una linterna eléctrica. Siempre había incidentes. Inquilinos y forasteros, borrachos, yacían atravesados en los catres. La astuta señora Kelly cobraba sus cincuenta centavos tanto a los que dormían la mona como a

los demás. Si no lograba despertarlos, algún otro tenía que pagar por ellos. O se encargaba ella misma de sacar el dinero de los bolsillos. Nadie que entrara antes de su visita quedaba sin pagar. Ni aún aquellos que se escondían bajo los catres. La linterna eléctrica alcanzaba a todas partes. "No me gustan los fantasmas ni los inquilinos fantasmas. No pagan" —decía.

A mí nunca me descubrió en las pocas semanas que fuí su inquilino fantasma. Cuando me recogía temprano, cuidaba de salir de la casa antes de la hora cero, y aguardaba en la calle. Desde afuera podía oírse todo. Cada vez que la linterna daba en la persiana sentía como si la penetrante mirada azul de la señora Kelly se fijara en mí. A veces yo detenía a algunos tipos a la entrada, ebrios estupefactos, mientras doña Linterna Mágica —así la llamaban muchos— hacía de las suyas.

Terminada la requisa, no volvía hasta la mañana siguiente. Parecía hacer de ello una cuestión de honor, pues más tarde algunos de nosotros entrábamos a la pieza sin ocultarnos, y nunca apareció. Podía contarse con ello.

Tenía prohibido que se metieran con *su* electricidad, esto es, que usaran la luz eléctrica. Había un pico de gas en la pieza y eso bastaba. Era una ayuda. Más de una vez hice estirar diez centavos para comer todo un día, con la ayuda de ese pico de gas que brotaba de la pared en la punta de un brazo curvo. Tomando la llama en medio del aire, hervía choclos enteros y hacía jarras de té aguachento. La propia señora Kelly me dió alguna vez un poco de sal o de azúcar.

De los inquilinos que yo conocía bien, sólo uno trabajaba: un joven portorriqueño, alto y delgado, cuyo color tostado era el de un hindú, con la ardiente mirada de un negro y los graciosos movimientos de un bailarín cubano. Vestía prolijamente de negro y llevaba sus zapatos de charol y su oscura cabellera bien lustrados. Usaba para el pelo

una loción de aceite con olor a coco. Me la ofreció, pero nunca la usé. Le barnizaba la cabeza, y su perfume formaba parte de los olores permanentes del cuarto. Cuando salíamos con él, ese olor nos acompañaba. De pie junto al pico de gas o bajo la luz eléctrica del corredor, se estudiaba y no acababa de contemplarse en su espejo de bolsillo, y después se miraba y se arreglaba el nudo de la corbata en los espejos y las vidrieras de las tiendas mientras caminábamos.

Todos reconocíamos que este portorriqueño, bachiller de la Universidad de San Juan, era encantador. Era un *parisiense*. Usaba esa palabra en un sentido que él exclusivamente le daba. Una muchacha, una corbata, un emparedado, todo cuanto le gustaba era *parisiense*. Algunos de los muchachos repetían la palabra en sus idiomas respectivos. Pero sólo él la usaba con propiedad. Sólo él podía decir cuando una cosa era *parisiense*. Algunos creían que ser *parisiense* era ser como él. Sus dones eran múltiples. Recitaba versos populares españoles. "Que la vida me lleve, que la vida me traiga; no quiero darme siquiera el trabajo de existir". "¡Oh, la infinita tristeza de la amada mal vestida!", "¡Vamos a derribar las torres, ciudadanos!".

Hablaba de cuentos y poemas que había escrito o pensaba escribir. Nos gustaba oírle hablar. Esperábamos pacientemente a que se levantara, pues se lo pasaba en la cama, durmiendo, casi todo el tiempo que no trabajaba. Su trabajo consistía en fregar pisos y lavar platos en un restaurant griego. Llegaba por las tardes sosteniéndose los riñones con ambas manos y se echaba en su camastro como atontado. El fregar lo estaba matando.

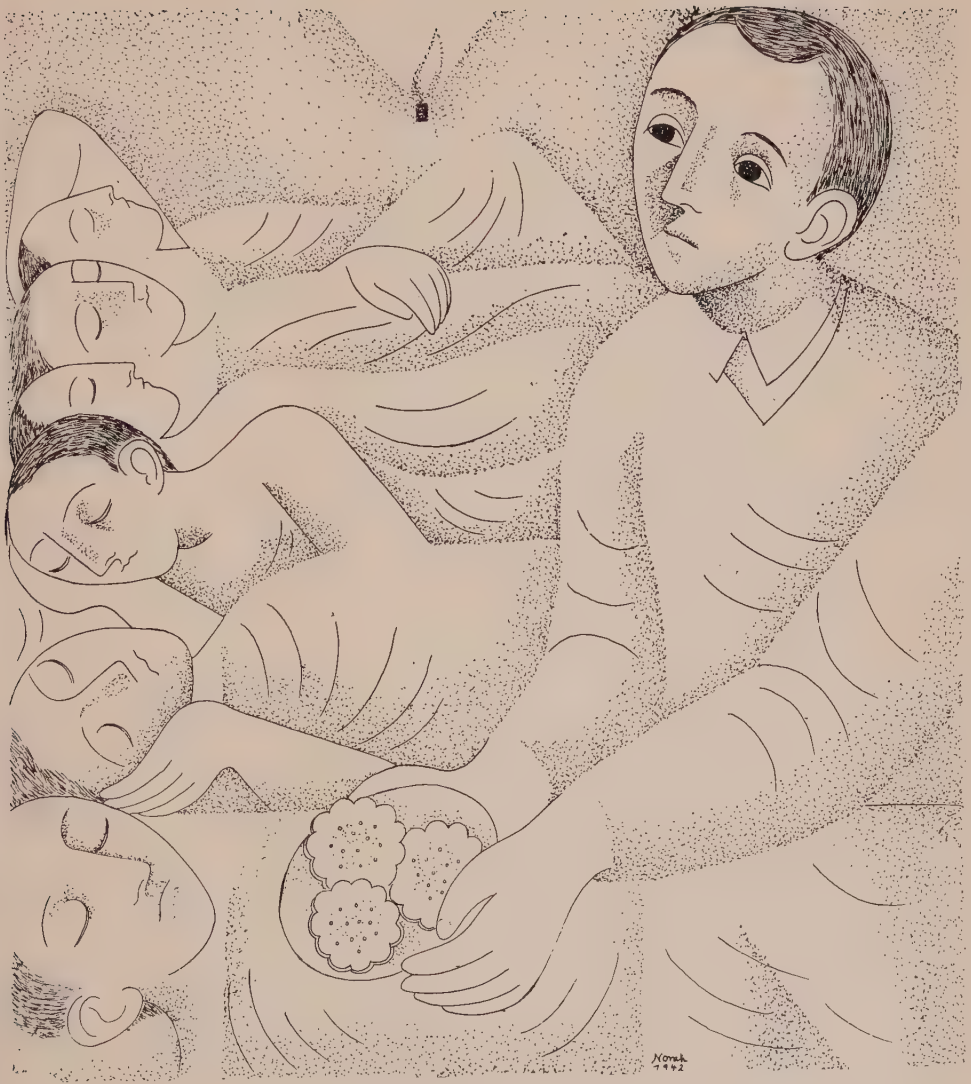
Nuestro amigo el portorriqueño era el favorito. Ninguno de nosotros entraba en el departamento de la señora Kelly excepto él, que iba en forma desenvuelta a plancharse los pantalones, o alguna corbata, o la pechera y los puños de la camisa.

Mientras le duró el empleo, sus llegadas a la casa eran toda una fiesta. Aparecía por las tardes con los bolsillos llenos de emparedados de carne y de pedazos de pasteles o de torta. Era evidente que los parroquianos dejaban mucho en las fuentes. Comíamos, y bebíamos largos tragos de agua. ¡Qué sed producían las golosinas tan ansiosamente comidas en esas calurosas noches de verano!

Esa pieza no era un palacio. Atraía a tantas personas, sin embargo, que habría podido llenarse un libro con ellas. Para dormir allí se tenía que estar cansado como un perro, borracho o dopado, o ser un dormilón como el portorriqueño. De unas caballerizas de la vecindad y del Parque Central llegaban mosquitos en abundancia. Para escapar de las picaduras había que esconder la cabeza bajo las cobijas, pero entonces el fétido olor del colchón y de la frazada —no había sábanas— era sofocante. Hasta había vómitos de algunos inquilinos. Una noche yo me descompuse también por la fetidez y el calor del ambiente, y me fuí al parque. Pero el húmedo fresco de la madrugada, los mosquitos y las primeras luces del alba me obligaron a volver.

De día, dormían en la pieza dos o tres muchachos. Inquilinos o no, a la señora Kelly no le importaba. Por ellos, la persiana se mantenía corrida, así es que la pieza nunca veía la luz del sol.

Una vez llegó un mexicano, un hombre de Villa. Traía una botella de un licor blanco. Lo llamaba *tequila*. La abrió y nos convidó a todos. El mexicano se rió de nosotros porque bebíamos la *tequila* con torta. Los muchachos daban al licor nombres diversos —vodka, ron, aguardiente, grapa... El mexicano insistió en que era *tequila* y nos enseñó la forma de beberlo. Había que tomar una tajada de limón entre el pulgar y la segunda falange del índice de la mano izquierda, con la palma hacia abajo, y se formaba así un hueco en la base del pulgar. Ese hueco había que llenarlo con sal. Se chupaba luego el limón, se



Dibujo de NORAH BORGES

tocaba la sal con los labios y se tomaba un trago de *tequila*. Así lo probé y me supo a veneno. No puedo olvidar esa calurosa noche de verano. Casi me morí de un dolor de cabeza que me duró todo el día siguiente. El mexicano dijo que el dolor de cabeza provenía de los dulces.

Era la época de la prohibición, y algunos de mis compañeros de cuarto, que bebían el peor alcohol, encontraron que aquello era un licorcito maravilloso. El portorriqueño puso un poco de azúcar en su vaso. Esto hizo que el partidario de Pancho Villa se enfureciera. Su indignación fué tal, que creímos que sacaría su revólver y comenzaría a tirar. Pero el *parisiense* aplacó al mexicano. Bebió el vaso echado a perder de un trago y pidió cortésmente un poco más, que tomó con sal y limón, como correspondía. El mexicano pareció complacido.

Una noche, las muchas manos que esperaban los comestibles que traería el portorriqueño quedaron defraudadas. Sus bolsillos estaban vacíos. El griego lo había despedido. Por robar comida. Que comiera cuanto quisiera allí mismo, muy bien, pero no debió llevarse nada. Eso era robo. El griego lo había tratado de vago haragán y de ladrón. Con todo, nuestro amigo no nos abandonó. Tenía los quince dólares de su paga de la semana y entregó dos. Un muchacho negro fué a comprarnos de comer.

Viví en ese cuarto durante unas tres semanas sin pagar un centavo. En realidad, a la señora Kelly no le importaba. No era rica, pero su corazón era grande y tenía más de una fuente de ingresos. No es fácil hablar de la señora Kelly en este sentido. La pobre mujer, viuda, con una familia formada en su mayor parte por hijas, hacía negocio dejando salir a las muchachas con caballeros. Los hombres llegaban en automóviles y se las llevaban. Eran lindas rubias, esas chicas. Sólo uno de los hijos vivía en la casa. Vendía cigarrillos de marihuana y cocaína.

Nuestro grupo padecía de lo que podríamos llamar una dificultad lingüística. Nos hablábamos unos a otros, con abundancia de gestos, en una jerga convencional constituída por muchas lenguas. Recuerdo palabras españolas anglificadas que aceptábamos entre nosotros y que tratábamos de hacer pasar en el mundo exterior por inglés. Ninguno de nosotros había dominado el difícil arte de hablar inglés, salvo el portorriqueño. Hasta redactaba en inglés las cartas en que pedía empleo. De él aprendí esta artimaña, que posteriormente me colocó en buena posición. El final de esas cartas era invariablemente: "Soy ambicioso pero no presuntuoso". Éste era —creía yo— un golpe maestro que no dejaría de impresionar a ningún patrón yanqui. La ambición era algo que los yanquis admiraban, pero no podían soportar a quien fuera presuntuoso.

El joven Kelly, que pasaba buena parte de su tiempo entre nosotros, lograba hacerse entender por todos los del grupo. Sostenía verdaderas conversaciones con los griegos, los búlgaros, los servios y los *latinos*, como nos llaman a los hispanoamericanos en Nueva York. Había aprendido que "Quaker oats" se decía "cuakerote", que "sewing machine" era "següine machine", y otras cosas por el estilo.

Una vez me trabé en discusión con uno de ellos, con un búlgaro, creo. Estábamos por llegar a las manos cuando apareció Kelly. Nos hizo ver que no nos entendíamos y que ambos estábamos sosteniendo lo mismo. Kelly siempre estaba pronto a ayudar. Cuando le sobraban diez centavos, se los daba a cualquiera.

En esa pieza se hablaba mucho de mujeres. De mujeres que se había poseído y de mujeres que se quería poseer. Nadie alardeaba de haber tenido que ver con las chicas Kelly. Eran la familia real de la casa. Había que tener auto para llevárselas. Pero tres muchachas de ojos azules, de unos doce, catorce y quince años, comerciaban con

muchachos por cincuenta, veinticinco y diez centavos en el cuarto y en el parque.

No recuerdo cómo fuí a parar allí. En aquel entonces dormía en los parques y en el subterráneo. Por el contrario, recuerdo perfectamente cómo me fuí. Un día, poco después de que el ángel de Puerto Rico perdiera su empleo (y nosotros, nuestra comida), estábamos él y yo por compartir el té y el resto de mis escasos víveres preparados en el gas, cuando un gordo, al que sólo conocíamos muy superficialmente, se despertó y comenzó a gruñir diciendo que tenía hambre.

El portorriqueño dijo que pronto iba a estar el té. El otro no tenía interés ninguno en tomar té. Dijo que no estaba enfermo del estómago. Quería una comida normal. Una buena presa de pescado frito, ensalada de pepinos, pastel de manzanas y café.

A la vuelta de la esquina de Columbus Avenue había un restaurant cuya especialidad era el pescado frito. Su mostrador estaba siempre abarrotado con altas pilas de pescado frito. El gordo comenzó a hablar del restaurant. Se levantó y se vistió. Nadie tenía por qué pasar hambre allí, dijo. Él se ocuparía del asunto. Los ojos se me dilataron cuando le vi guardar una pistola en el bolsillo interior del saco. Salió burlándose de nuestro té.

Yo estaba manteniendo la jarra de agua sobre la llama del gas y me preguntaba si mi amigo habría visto el revólver. Cuando el otro salió, dejé la jarra. Se me ocurrió que teníamos que impedir que el tipo fuera al restaurant. Sin embargo, anduvimos lerdos poniéndonos los sacos y apagando el gas antes de salir.

Al llegar a la esquina de Columbus Avenue, oímos un tiro. La gente salía corriendo del restaurant. Nos quedamos allí, en la esquina, con tentaciones de ir a ver qué ocurría. La aparición de una pareja de agentes de policía enfrió nuestro entusiasmo y nos hizo sentirnos com-

plicados con el hombre del revólver. Volvimos a la pieza. Comprendimos que teníamos que abandonar la casa de la señora Kelly.

Entramos despacio en la pieza, tratando de no atraer la atención de nadie. Mi amigo puso sus bártulos en una valijita y yo me metí apresuradamente mis cosas en los bolsillos y alrededor de mi estrecha cintura. Rápidamente salimos a la calle.

El portorriqueño iba al barrio de la Universidad de Columbia, donde conocía a alguien. Nos separamos en la entrada del subterráneo. Sin convicción bajé por las escaleras. En realidad, si no hubiera sido por la gente que bajaba con prisa, tras de mí, habría errado sin rumbo y probablemente habría vuelto a casa de la señora Kelly. Nuestra apresurada partida se me antojaba ya innecesaria.

La estación del subterráneo era la de la calle 86 y Broadway. Yo estaba en la plataforma. Iría tal vez a Brooklyn. O volvería a dormir a casa de la señora Kelly. Esa noche habría camas desocupadas.

Debían de ser las 9 de la noche. Había gente esperando en tres plataformas. El ambiente era pesado, caluroso, y una azulada neblina de humo lo cubría todo.

Advertí un grupo de pasajeros en la plataforma central. Estaban mirando las vías, comentando y señalando, todos en la misma dirección, hacia un punto. Llegó un tren. Cuando pasó, miré hacia el lugar que señalaba la gente. Evidentemente, no estaban seguros de lo que veían. Pero yo, debido posiblemente a la forma en que la luz iluminaba el lugar, desde mi posición vi distintamente un arrugado manojo de dólares. Estaba seguro. ¿Acaso fué mi necesidad y mi deseo de dinero que me hicieron verlo desde esa distancia? Necesitaba dinero, quería dinero y lo estaba viendo. El grupo de personas que se hallaba directamente encima de él todavía hacía conjeturas acerca de qué podría ser eso.

No perdí tiempo. Bajé corriendo las escaleras, por el túnel, y trepé a la plataforma central. En lugar de quedarme con la gente que miraba, obré. Llevaba en la mano un delgado libro español, que arrojé y que cayó casual aunque exactamente sobre el puñado de billetes. Salté a la vía, recogí el libro y con él los billetes, y volví a saltar arriba como movido por un resorte.

No dije ni una palabra, aunque estaba en un estado de gran excitación. No habría podido decir cuánto tenía en la mano. Estaba seguro que era una fortuna.

No me atrevía a mirar ni a hacer el movimiento de echarme los arrugados billetes al bolsillo. Habría significado atraer aún más atención que la que ya estaba atrayendo. Todos me miraban con hostilidad. Nadie decía nada, pero me vi rodeado de ojos acusadores. Sentí impulsos de echar a correr. ¡Si sólo hubiera llegado un tren en ese segundo!

En cambio, apareció de pronto un obrero del subterráneo, un negro de gran estatura. La gente rodeó al negro y varias personas dijeron, señalándome: "¡Ése los tiene! ¡Allí, en la mano, los tiene en la mano! ¡Él los tiene! ¡Él los levantó! ¡Él! ¡Él! ¡Él! ¡Él!

Me sentí perdido. Todos esos extraños estaban contra mí. El negro, junto a mí, se me apareció enorme.

Tranquilamente, aunque con aire de autoridad, me exigió que le entregara el dinero.

"¿Qué dinero? ¿Qué dinero?"

La multitud me rodeaba y yo no podía resistirme. El enorme obrero negro de las vías, de traje de mecánico, me increpaba, me amenazaba y trataba de quitarme el dinero de la mano. "¡Llamen a un policía! ¡Llamen a un policía!" gritaron varias voces. Los aullidos, las protestas, la proximidad misma de la gente me debilitaron, me derrotaron.

No sabría decir cómo ni cuándo el negro me quitó el dinero de la mano. El libro se me cayó y apenas tuve fuerzas para recogerlo. El negro se alejó rápidamente, y, cruzando las vías, se dirigió a la puerta de la boletería como para dar cuenta del hallazgo. Pero lo vi, de pie, apoyado en la puerta, fingiendo indiferencia. Luego se fué.

La gente desapareció en el tren siguiente. Quedé en la plataforma mirando al negro. Lo vi entrar en la casilla del otro lado de la vía y lo seguí. Estaba allí dentro sentado, fumando un cigarrillo y desarrugando los billetes. Al advertir mi presencia cerró los puños y quedó así, mirándome, el cigarrillo encendido entre los labios. Lo enfrenté y le pedí que me diera la mitad del dinero que ocultaba en las manos. Era justo. Yo lo había encontrado. Era lo justo. Me dijo groseramente que me fuera. Hizo un movimiento como para pegarme. Yo no tenía miedo. Lo insulté en español y en inglés. Sacó una moneda del bolsillo y me la arrojó. Me puse a insultarlo sin pensar ya en el dinero y mucho menos en la moneda que había caído al suelo. Metí la cabeza en la casilla y le escupí en la cara. Luego salí de la estación de la calle 86 del subterráneo, fuera de mí de rabia. El negro soltó una risotada y se quedó limpiándose la cara con el pañuelo.

Hacía pocos minutos que yo había entrado por el lado contrario de esa estación y ahora, sin haber ido a ninguna parte, estaba subiendo de vuelta las escaleras en la otra dirección.

A cuatro pasos de mí, en la acera, un grupo de hombres estaba conversando. Permanecí en esa esquina, de espaldas a la vidriera iluminada de una farmacia, escuchándolos. Todavía no podía decir de qué estaban hablando. Pero hablaban en español. De pie contra la vidriera de la farmacia, podía oír perfectamente todo cuanto decían, excepto cuando pasaba gente en grupos o salían o entraban muchas personas a la vez al subterráneo. Sufría, esforzándome por no perder ni

una de sus palabras, cuando el estruendo de los trenes que llegaban y salían de la estación ahogaba sus voces.

Eran cinco jóvenes, de veinte y tantos años como yo, y eran sudamericanos. Uno de ellos era chileno. Reconocí la familiar entonación de su español. Hasta creí que una o dos veces miraba en mi dirección. Pero no estaba seguro. Podía ser que estuviese mirando algún objeto exhibido en la vidriera de la farmacia, a mis espaldas. Estaba yo en un estado emocional tan intenso que hubiera podido ir y abrazarlo como si fuera hermano mío.

Cuando los grupos de gente que salían del subterráneo me ocultaban a esos muchachos, temía que al terminar la avalancha me encontraría con que habían bajado la escalera, o se habían separado, y que yo quedaría solo, mirando el lugar vacío donde habían estado.

Mis desconocidos amigos estaban elegantemente vestidos. Las ropas que llevaban puestas eran trajes livianos de verano — sacos ceñidos al cuerpo, chalecos cruzados, pantalones angostos, casi ajustados. Para mí, eran típicos "habitués" de Broadway.

El chileno era diferente. Vestía un traje de calle como un hombre bien vestido de Santiago; en una mano llevaba un bastón y un par de guantes claros en la otra — un verdadero santiaguino. Al lado de la soltura, del brillo y la pulcritud de los otros, parecía anticuado, europeo.

La presencia de estos elegantes jóvenes me hizo sentirme andrajoso e inferior. Cuanto llevaba puesto era chileno; aun a mi modo conservador, había dejado de estar bien presentado. ¡Y con qué naturalidad entremezclaban esos muchachos palabras inglesas en su conversación! Hambriento y agotado, me asombré de cómo podía estar preocupándome en ese momento del idioma inglés o de mi traje sin planchar.

La vista de mi joven compatriota, su voz y los familiares movimientos de sus manos con bastón y guantes me hicieron pensar en la patria. Su presencia fué un alivio. Cuando poco después lo vi desaparecer por las escaleras del subterráneo con los otros cuatro sudamericanos, caí desmayado en la acera.

ÁLVARO DE SILVA

P E Z

Denso pájaro en búsqueda obstinada
de tu disuelto canto diluído;
tu casto amor por el azar regido
limpia tu dura forma equilibrada.

Sólo por ti la soledad poblada,
—su timidez la tuya ha compartido—
huye a tu paso el tiempo perseguido
con una lentitud enamorada.

Trascendiendo paredes cristalinas,
ondulas en silencios circulares
y a su escondida intimidad te inclinas.

Entre el coral de contenidas llamas
cruzas el libre seno de los mares
preso en la prieta red de tus escamas.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

MENÉNDEZ Y PELAYO Y LAS POLÉMICAS SOBRE ESPAÑA[1]

(*Conclusión*)

V

En cuanto a la decadencia en sí misma... ¿qué es, en qué estriba? ¿Se sabe siquiera cuándo empezó? No hay candidez en tales preguntas porque los testimonios que puedan esclarecerlas son tan múltiples como poco concordantes. Si hacemos caso a uno de los últimos escoliastas —Ortega— creeremos que la decadencia es consustancial a España, veremos que "la historia de España entera, y salvo fugaces jornadas, ha sido la historia de una decadencia". Así lo escribe en *España invertebrada,* aunque luego aclare que éste es un concepto relativo a un estado de salud, y que si España no ha tenido nunca salud no cabe decir que haya decaído, prefiriendo, por ello, hablar de defectos de constitución. Pero viniendo a hechos más concretos: arranque tal decadencia de los mismos Reyes Católicos o de la pérdida del dominio naval, tras la derrota de la Armada Invencible, lo cierto es que ya en 1619 Felipe III dictó una providencia dirigida al Consejo de Castilla, donde pedía soluciones para atajar el declive. Imposible, por lo demás, exponer ahora —rebasaría los límites de este ensayo—, y aunque sólo fuera con la técnica del montaje cinematográfico, las innumerables causas a que tal decadencia se ha venido achacando. Hay interpretaciones para todos los gustos. Hay quienes la atribuyen a la ociosidad manual que engendró el espejismo áureo de la conquista de América, y quienes la achacan al desgaste producido mediante las guerras emprendidas por el austracismo. Hay quienes

[1] V. Sur, Nº 94, págs. 75-88.

ven su origen en la pérdida de las libertades medievales. Otros —los más— en la intolerancia inquisitorial. Ello sin hablar de las nuevas interpretaciones que acarreó la "literatura del desastre", la del 98, tras la pérdida de los últimos dominios coloniales: política dinástica de los Austrias, según Picavea; oligarquía y caciquismo: Costa; exceso de acción pretérita, empresas desproporcionadas a nuestro poder y abulia actual: Ganivet; irreligiosidad: Unamuno; voluntad: Azorín; separatismo y ausencia de los mejores: Ortega; aspereza de la vida: Baroja; baja calidad de la oligarquía dominante: Maeztu (en 1911); extranjerismo, abandono de la tradición teocrática: Maeztu (en 1931). Y así hasta el infinito.

Ahora bien, es incuestionable que entre los factores lejanos que más pesaron sobre el cuerpo y el alma de España está, en primer término, la defensa ardorosa, excluyente, del dogma católico. El antirreformismo sella la segregación de Europa, levanta murallas que duran siglos. Cuando se mira objetivamente hacia aquel entonces, cristaliza la impresión de que España sacrificó todo —ésta es la frase exacta— a la defensa tan heroica como enconada del ideal católico. Es incuestionable que la ambición máxima de cada cual, su única misión en la vida era salvar la otra, "salvar el alma". Y el país —oficialmente— se creía con una misión providencial: ser el campeón del catolicismo en todo el orbe. De ahí proviene su grandeza, afirman aún hoy, anacrónicamente, los defensores del "sostenella, no enmendalla". Y de ahí mana su debilidad — debemos decir, por lo menos, abierta y complementariamente. Menéndez y Pelayo señala en distintas ocasiones, ardorosamente, esa unidad de misión superior. Ya al historiar el período visigodo (*Los Heterodoxos*, II) y exaltar la conversión de Recaredo, su abjuración del arrianismo, deja fluir su entusiasmo apologético y exclama: "y ésta (la Iglesia española) triunfó porque Dios y la verdad estaban con ella; y victoria fué que nos aseguró por largos siglos, hasta el desdichado en que vivimos, el inestimable tesoro de la fe religiosa...". Pero lo que no dice este historiador, ni tampoco sus partidarios, es a costa de cuántos sacrificios, y cruentas pérdidas morales y ricas mermas materiales se mantuvo violentamente tal unidad en lo siglos siguientes. Aislamiento, enemistad de casi todo el resto de Europa... La segregación en lo cultural tiene actos definidos. En 1550 Felipe II dicta una pragmática con la prohibición de salir a estudiar en las Universidades extranjeras (salvo en las de Bolonia, Nápoles y Coimbra por

estimar que eran las únicas libres de luteranismo). Hubieron de pasar casi tres siglos para que un ministro de Isabel II, Gómez de la Serna, en 1843, revocara tal disposición, pensionando a un joven estudiante para que marchase a ampliar estudios en Alemania. Éste significativamente —el azar tira a veces bien sus dados— no era otro que don Julián Sanz del Río.

Cierto que el aislamiento y la enemistad aludida no importaban gran cosa a Menéndez y Pelayo. En cambio, puede decir con jactancia y no gran hipérbole que la España del siglo XVI era "un pueblo de teólogos y soldados". Puede defender, y no sólo exculpar, las crueldades en Flandes, afirmando, a este propósito, cómo "nunca hubo un pueblo que con tanta razón pudiera creerse el pueblo escogido para ser la espada y el brazo de Dios". Puede asimismo hallar la fórmula feliz de "democracia frailuna" para caracterizar la España de dicho siglo, señalando complacidamente que "la tercera parte de la población de España se componía de frailes y monjas". El dato preciso lo suministra Altamira (*Historia de España*, III), detallando que todavía pocos años después, a comienzos del siglo XVII, el número de religiosos en España era de 200.000, o sea el treinta por ciento de la población calculada. Y no había, para Menéndez y Pelayo, ningún argumento contrario de fuerza. "Nuestra decadencia —escribe— vino porque estábamos solos contra toda Europa, y no hay pueblo que a tal desangrarse resista; pero las grandes empresas históricas no se juzgan por el éxito. Obramos bien como católicos y como españoles; lo demás ¿qué importa?". Lo que faltaría saber es si tal política se hizo por consenso unánime de la nación o por voluntad imperiosa de su minoría dirigente... En el primer supuesto, los tribunales de la Inquisición no hubieran tenido necesidad de existir. Y como quiera que aconteció lo contrario, lícito es otorgar alguna consideración a las voces discrepantes.

VI

"Cesó, Señor, de escribirse —peroraba Muñoz Torrero en las Constituyentes gaditanas, 1812— desde que se estableció la Inquisición; varios de los sabios, que fueron gloria de España en los siglos XV y XVI, o gimieron en las cárceles inquisitoriales, o se les obligó a huir de una patria que encadenaba su pensa-

miento". A lo cual, en la misma Cámara, el canónigo Ostolaza alegaba: "Pero ¿quiénes son esos sabios? ¿Fueron acaso los Vives, los Canos, los Mogrovejos?". Ni el uno ni el otro tenían razón. La cuestión quedaba así desnaturalizada, por causa de su desmesurado planteamiento, a la española.

Pareja historia, aunque con mayor alcance, se repite años después, en el último tercio del mismo siglo. Azcárate, en unos artículos de la *Revista de España* (1876) afirma que la actividad científica de España hubo de permanecer ahogada casi por completo durante tres siglos, como consecuencia de la oposición inquisitorial, teocrática. Al punto, Menéndez y Pelayo se alza vehemente, con imponente saber bibliográfico —pues ya veinteañero se jactaba de haber "mascado un poco el saludable polvo de los viejos volúmenes", según escribe graciosamente— a deshacer tal aserto. Pero sus apologías de Lulio, Vives, Suárez, Fox Morcillo, Gómez Pereira y otros muchos, valen más como una reivindicación de tales ingenios que como refutaciones convincentes. Aunque esos filósofos, otros moralistas y muchos teólogos pudieron cumplir ciertamente su obra sin trabas, ello no desacredita el hecho de que otros, todavía más ilustres, padecieran procesos —empero la absolución posterior— bajo la Inquisición: Juan de Ávila, Iñigo de Loyola, Fray Luis de León, El Brocense, Sigüenza el historiador; se recogieran o fueran sometidos a examen los libros religiosos de Santa Teresa, Sor María de Agreda y Fray Luis de Granada, del mismo modo que los profanos de Nebrija, Arias Montano, Vives, Huarte, Sabuco...

¿Constreñía, pues, o no el Santo Oficio, la libre emisión de opiniones, aun sobre temas muy alejados del dogma, en contra de lo que afirmaba Menéndez y Pelayo? Porque no es suficiente réplica calificar la *intolerancia* incriminada, según hacía aquél, como "una palabra vana, una verdadera garrulería, alma de partido". Remover esta cuestión, semeja, a primera vista, hundirse en vejeces lamentables, pero como en nuestros días amaga otra Inquisición todavía más extrema —ya sin la disculpa última de la fe, movida por el más oscuro y elemental apetito del poder tiránico y por los embelecos del dogma racial— quizá no resulte tan anacrónica una somera revisación. Mas antes de dar opinión propia, prefiero recordar una tan poco sospechosa de sectarismo antirreligioso como la de D. Juan Valera, que además refleja muy bien el sentir medio de los coetáneos sobre las polémicas de la ciencia española. Data de 1876. En aquel entonces, Núñez de Arce —excúseseme, por una vez, este desfile de anti-

güallas— acababa de leer su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua, analizando este punto: Del influjo de la Inquisición y del fanatismo religioso en la decadencia de la literatura española. No he encontrado tal pieza. Pero sí la contestación en el mismo acto de Valera (*Ensayos*, III; vol. XV de las *Obras escogidas*). Valera —superfluo es quizá repetirlo— no era precisamente un revolucionario. Su decantado escepticismo tampoco constituía el elemento más propicio para encarar cuestión tan necesitada de precisiones categóricas. Sin embargo, don Juan comprende que el trance es capital y habla sin anfibologías. Así, admite desde el primer momento, con Núñez de Arce, que el "fanatismo ahogó y marchitó, antes de tiempo, en España, la lozanía y el florecimiento de una gran cultura propia y castiza". Páginas después se pregunta si ello debióse a la Inquisición y contesta negativamente. A su juicio, el despotismo de los reyes austríacos, su mal gobierno y las crueldades del Santo Oficio no fueron causa de la decadencia española. Cree ver otras más hondas, que va enumerando. Pero estas últimas ¿qué son sino secuencia de aquéllas? Véanse algunas de las que apunta: una fiebre de orgullo, un delirio de soberbia tras ocho siglos de lucha contra los infieles. "Nos llenamos —agrega textualmente— de desdén y fanatismo a la judaica. De aquí nuestro divorcio y aislamiento del resto de Europa... Nos creímos el nuevo pueblo de Dios; confundimos la religión con el egoísmo patriótico, nos propusimos el dominio universal sirviéndonos la cruz de enseña o de lábaro para alcanzar el imperio. El gran movimiento de que ha nacido la ciencia y la civilización moderna, y al cual dió España el primer impulso, pasó sin que le notásemos, merced al desdén ignorante y al engreimiento fanático...". He ahí, por otra parte, en estos párrafos de Valera la mejor y más ecuánime réplica que pueda darse a estos otros, tan desaforados, de Menéndez y Pelayo, con los cuales resume, en cierto modo, su doctrina, ya que se hallan en las páginas postreras del último tomo de *Los Heterodoxos*: "España, evangelizadora de la mitad del orbe, España martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio; ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra".

Y recuérdese que Valera y Menéndez y Pelayo mantenían estrecha amistad y que hasta se los creía correligionarios. Sus diferencias de fondo quedan ahí, empero, plenamente reveladas y pueden apreciarse más por lo menudo leyendo las cartas cambiadas entre ambos (*Epistolario*, Madrid, 1928). Más resuelto

que en el caso anterior aparece el pensamiento de Valera al comentar, en 1880, la publicación del segundo tomo de *Los Heterodoxos*. Entonces el autor de *Pepita Jiménez* no se recata ya para afirmar paladinamente que "la intolerancia y la Inquisición ahogaron el pensamiento español, primero cuando se extraviaba fuera de las vías católicas, y, al cabo, hasta dentro de esas mismas vías, pues el miedo a salirse de ellas y caer en manos del Santo Oficio fué apartando a todos los espíritus de las especulaciones elevadas".

Volver sobre los estragos de la Inquisición, cargar simbólicamente las culpas del espíritu felipino, representarse a Felipe II según cierto verso de Victor Hugo (*c'était Satan régnant au nom de Jésus-Christ*) no debe entenderse a estas alturas, como un intento de nuevas contribuciones a la "leyenda negra" de España. Porque el sambenito de intransigencia —quede esto bien claro— no alcanza únicamente a la Península; se extiende a los demás países en la misma época. Al cabo, ni la Inquisición fué patrimonio exclusivo de España, ni fué España la que quemó a Miguel Servet y a Tomás Moro, ni la que torturó a Giordano Bruno, ni persiguió a Képler, ni aherrojó a Galileo, por citar sólo algunas figuras más ilustres que las casi siempre oscuras víctimas de los autos de fe. No fueron en España tampoco donde acontecieron las matanzas de los anabaptistas, donde se iluminaron las hogueras de Calvino, de Enrique VIII y de Elisabeth de Inglaterra. Recordándolo muy justamente exclamaba Menéndez y Pelayo: "En el siglo XVI todo el mundo creía y todo el mundo era intolerante". De suerte que la "leyenda negra", aún teniendo bases ciertas de realidad. no debiera haber abarcado sólo a España sino a toda la Europa quinientista, harto más bárbara quizá en muchos aspectos que el mundo medioeval. Ahí, y no en otro punto, radica la injusticia de la "leyenda negra", cernida exclusivamente sobre España. "Las persecuciones —escribe Figueiredo— de los protestantes contra los católicos superaron las violencias de la Inquisición, porque si la intolerancia es de por sí un sentimiento brutal que lleva a los más absurdos extremos, la intolerancia contra la intolerancia tiene todavía inéditas invenciones de perversidad". Ningún país, por consiguiente, puede lavarse las manos impunemente.

Era de justicia decir esto, pero es también requisito de dignidad agregar: aun desde nuestro punto de vista actual, en nuestra condición de presuntos civilizados —ahí están infamando la época los bombardeos de ciudades abiertas

y los *pogroms* raciales— esa extensión del delito de intolerancia a otros países, nos consuela muy escasamente. Valera ya intuía que siguiendo tal camino de inculpaciones bien podría llegarse, por modo sofístico, a hacer la apología de la Inquisición. Bastaría argüir que toda la sangre que derramó y todas las víctimas que sacrificó durante dos siglos no equivalen al número de personas que durante el mismo período perecieron en las guerras religiosas de Alemania, Francia o Inglaterra, los países "cultos". Pues bien, hubo quien cayó en la trampa sofística e hizo tropezar a muchos lectores. Desarrollando extensa y documentadamente esa argumentación, Julián Juderías escribió un libro muy leído, *La leyenda negra*, donde lo único que queda demostrado no es la inocencia de España sino la culpabilidad parigual de otros países europeos. Pero esa conclusión, insisto, interpretada rectamente, de nada nos convence ni nos disuade.

De todas formas lo innegable es que, desde hace algunos años, existe cierta favorable corriente de vindicación hispánica —fomentada, en su mayor parte, por autores extranjeros. Tendencia justiciera, sobremanera loable y digna de gratitud... en principio. Para merecer plenamente este sentimiento sólo le faltaría ser desinteresada. Pues suele acontecer que a la mayor parte de esos historiadores y críticos literarios —tales como Ludwig Pfandl, Aubrey Bell, Allisson Peers, Maurice Legendre, Louis Bertrand— les interesa España no tanto en sí misma como a modo de pretexto para sus teorías y lucubraciones tendenciosas. Las revalidaciones objetivas de lo hispánico, sin supuestos previos interesados, puede decirse que están todavía poco menos que por escribirse.

Factor coadyuvante de la "España negra" —cuyos orígenes, como he apuntado, son remotos, ya que no comienzan con el curioso libro del mismo título que fraguaron Verhaeren y Regoyos— es nuestro propio sentido de autocrítica exasperada, implacable. Aludo a la notoria crudeza, quizá sin parangón en ningún otro pueblo, con que el español habla de sus propias lacras, sin atenuarlas, inclusive extremándolas. Tan cruelmente ejercita en su propia piel el bisturí vivisector —hay, por ejemplo, frases de Costa que llegan a lo coprológico— que no sin razón ha podido hablarse de la "enfermedad del masoquismo español..." "...Y si habla mal de España es español...": aquel verso certero de Bartrina salva su memoria de mediano poeta. Con todo, esta humildad autodespectiva puede ser la otra cara del orgullo egocéntrico — también muy

español. Como quiera que sea, ello no explica la violencia infamante de los extraños.

Así pues, cabría preguntarnos: ¿por qué la mancha "negra" recayó únicamente sobre España? He ahí lo que resultaría más fértil averiguar con exactitud y explicar congruentemente. Barruntos de la explicación ya circulan no sólo en monografías sino hasta en las historias generales. Así en la de Lavisse y Rambaud (*Histoire générale du IVème siècle à nos jours*), quienes hallan la clave en la política felipina. Felipe II se enajenó las naciones que en los siglos siguientes formaron la opinión mundial: Holanda, Inglaterra, Francia. "Cada una de ellas —puntualizan dichos historiadores— tenía una ofensa que vengar: la primera, los duros reveses de la guerra por la independencia; la segunda, una tentativa temible contra sus libertades religiosas; Francia, finalmente, las revueltas en las cuales su prosperidad y su grandeza estuvieron a punto de hundirse. A medida que se engrandecían y que España declinaba bajo los principios destructores de su política, esas naciones dábanse cuenta de cuánto hubiera obstaculizado su porvenir el sistema opresivo de Felipe II. Su odio dirigióse consiguientemente a aquel hombre en quien veían el adversario del progreso y el instrumento de la decadencia".

No es ilógico, más bien fatal —agregaremos— lo que de ello resultó: la historia de España fué escrita por sus enemigos. Y no pararon en ello: dieron en olvidar pertinazmente que España se había anticipado un día al resto de Europa, cobrando su grandeza antes que otros países, según señaló Macaulay. Aún más: el nacionalismo desbordante de las naciones luego poderosas políticamente llegó al saqueo intelectual. Pedro Henríquez Ureña (*Plenitud de España*) ha precisado someramente esos expolios, concluyendo de modo categórico: "A partir del siglo XVI, Europa se enriquece con el saqueo de España, como antes con el saqueo de Italia".

¡Culpas de "aquel estado patológico mental en que el fanatismo nos puso", según escribía Valera! No fué tanto, agregaba, la tiranía material, como la tiranía mental e intangible del espíritu lo que perdió a España. Y como, a pesar de todo, hubo una corriente ininterrumpida de oposición o disidencia, acontece —dice asimismo Valera— que "el pensamiento español ha dado más clara muestra de sí y ha importado más en la historia universal del pensamiento humano cuando no era católico que cuando lo era". Ejemplos: Séneca, Ave-

rroes, Avicebrón y Maimónides. Por ello el mismo crítico concluía que *Los Heterodoxos* de Menéndez y Pelayo probaban exactamente todo lo contrario de lo que se proponían probar.

VII

Pero ¿acaso el hecho de que Menéndez y Pelayo se sintiera impelido, desde los días de su juventud batalladora, a historiar el pensamiento heterodoxo, no es ya señal inequívoca de que lo consideraba como parte cofundamental en la totalidad del espíritu hispánico? Si en vez de limitarse a las discrepancias religiosas, componiendo así una suerte de historia eclesiástica vista del revés, hubiera ampliado el estudio de la "herejía" a los campos ideológico y literario, político y social, esa importancia de las tendencias disidentes en la historia española resultaría aún más patente. Pero aun constreñido —dentro de su colosal magnitud— al estudio de lo religioso, esa misma aversión que por toda forma de herejía manifiesta, el prurito de rebajar ya desde el prólogo su importancia ¿no implica en cierto modo reconocer su valor potencial? Junto a esa España ortodoxamente católica, tan exaltada, percibía la existencia latente de otra España, no precisamente luterana, pero sí vagamente erasmista, esto es, libre, tolerante, conciliadora, que no pudo llegar a ser cabalmente. ¿Acaso el ideal verdaderamente nacional no hubiera consistido en hacerla posible, en dar cabida a los disidentes, sin excluir a los ortodoxos, incorporando el conjunto antitético en una síntesis superadora? ¿Hacer una, en resumen, de las dos conciencias hostiles, de las dos Españas? ¿Poner, al menos, en relación las "dos Españas incomunicantes e incomunicables", según decía Ortega y Gasset en su primera conferencia, *Vieja y nueva política*, en 1914?

Un extranjero, relativo, en la medida leve en que puede serlo —lo mismo que acontece con los hispanoamericanos— un peninsular, un portugués, Fidelino de Figueiredo, lo vió así con simpática perspicuidad. Torno a referirme a su libro *Las dos Españas*. Y por no ser aún tan conocida como debiera la tesis, la interpretación —quizá más fértil que las de Ganivet, Unamuno, Ortega y los otros noventaiochistas— que en él se contiene, estimo útil parafrasearla libremente, es decir, volver a plantearla ¿Paraíso o infierno? — se pregunta ya el

crítico lusitano al atravesar la frontera desde su país y comenzar el libro. Porque España —asegura— es un problema para el que no hay soluciones eclécticas de conciliación, purgatorios intermedios. Con la peculiaridad de que sus dos direcciones extremas —derechas e izquierdas en el vocabulario moderno— no se limitan a lo político. "Responden más rigurosamente a dos opuestas actitudes en la apreciación de la historia nacional y a dos sentidos del futuro, restaurador o creador; comprenden una filosofía de la historia española, un arte, una literatura, una ética política; son las dos fracciones dominantes, los dos hemisferios del mapa espiritual español, que aparece así en extremo simple, pero bipartido desde que se rompió la unidad de la conciencia nacional". Tal distinción es certera. Que luego Figueiredo elija como símbolos más vivos de la conciencia española a Felipe II —"quien queriendo unificarla la dividió para siempre"— y a Don Quijote —"quien queriendo ridiculizar su gesto, la engrandeció, y personificó la excelsitud de su espíritu ante el mundo"— ya es algo que entra en el campo sin puertas de la mitología literaria. Sin embargo, alguna razón tiene el autor para fijar en Felipe II el origen del secesionismo hispánico, por haber lanzado "en el seno de España el motivo de su división espiritual, de todas sus disputas e inviabilidades, su nostalgia del pasado y su neofilia hipercrítica y extranjerizante". Felipismo apellida, por consiguiente, a la corriente que de él deriva, y antifelipismo a la adversa, a la corriente de libertad, tolerancia, europeización. Entrambas están vivas y siguen en abierta pugna. Felipe II vive porque conserva aún la fuerza de las pasiones y de los odios que encendió. Por consiguiente —agrega Figueiredo— si España quiere conquistar la libertad de conciencia tendrá que destruir toda la política religiosa de Felipe II, su intolerancia perseguidora, aquella imposición violenta del credo único —hoy trasladada de lo religioso a lo político. La unidad que su férrea política impuso es aparente. En efecto, jáctanse sus partidarios —observa también Figueiredo— de que tal presunta unidad fuera alcanzada sin guerras interiores, a diferencia de lo que aconteció en otros países; se lisonjean de que la Inquisición evitara el derramamiento de mucha sangre. Pero el caso es que "la unidad religiosa impuesta sin luchas, engendra la intolerancia; lo demuestra el que las guerras religiosas en la Europa central y septentrional fueran el precio de esa tolerancia".

¿Cuál será, pues, el camino del futuro? La desfelipización absoluta y radical, no momentánea ni cortical. Porque hasta ahora la historia de España sólo fué una alternativa y así el mismo Figueiredo puede trazar una síntesis cronológica del siglo XIX, dividida en dos capítulos: en uno se agrupan los hechos que marcan un avance de la izquierda desfelipizada; en el otro, aquellos que señalan los avances contrarios de la derecha refelipizante. ¿Qué revelan en suma —tornamos a repetir— estas alternativas de corrientes dialécticas sino que al lado del pensamiento ortodoxo, del molde oficial, del espíritu conformista, existió siempre —y no sólo en el siglo pasado— una tradición españolísima de libertad civil y crítica. ¿Podrá desaparecer alguna vez totalmente el primero, imponerse de modo único el segundo? O ¿no será más cuerdo hacer una fusión leal de ambos? Figueiredo aventura una fórmula: la solución, dice, estribaría en fundir las dos Españas, "formulando un sistema de ideales unificadores, un compromiso de acción, cuyo dinamismo propulsor haga converger en una misma finalidad las dos mitades del alma española, guardando y alimentando esa nueva ideología como los cotiledones guardan y alimentan el embrión creador".

Pues pretender que una de las Españas pueda aniquilar definitivamente a la otra es sobremanera ilusorio. Todos los experimentos realizados hasta ahora durante las rachas felipizantes y desfelipizantes han resultado estériles, aún más, brutales y sangrientos; basta con volver la cabeza no ya a las luchas del siglo XIX, sino a las más inmediatas de 1931-1939 y que aún continúan... "Al molde felipino —precisa Figueiredo— están adheridos buena parte de los tipismos más fuertes de la masa, y el anhelo desfelipizante está de acuerdo con la tendencia de hoy. Esa destrucción, conseguida por la violencia, sería la repetición del método felipino, tan nacional que lo emplean aquellos mismos que lo combaten, cediendo a la mecánica de las pasiones". Ya antes del choque último, puesto que su libro data de 1932, Figueiredo hablaba de una "tregua" entre las dos Españas. Y, aún más, opinaba que "la unión de las dos Españas en una España nueva sería la solución del conflicto". ¿Será ya tarde —o demasiado pronto— para que cristalice esa idea? Sin duda el término de "tregua" sonará en la mayoría de los oídos españoles, y tras una ruptura tan trascendental como la última, con acento excesivo o utópico. Pero de no ser así, considérese lúcidamente la otra opción, expuesta por el mismo historiador: "gobernará una semi-España contra otra semi-España; la actuación de cada hemisferio, en

la hora alterna de su triunfo antiderechista o antiizquierdista, será esencialmente polémica, negativa y punitiva". Sobre todo —el ejemplo actual lo corroboran— en la hora del segundo.

VIII

Que la separación entre las dos Españas es hoy más profunda que en ninguna otra época de la historia, tras la anábasis republicana de 1939, lo revela el hecho de haberse ampliado tal línea divisoria a todos los órdenes de la vida y del pensamiento, y de modo muy palmario a la literatura. Refiriéndome a ella (en mi apéndice a la *Historia de la Literatura Universal*, de Pampolina, vol. XI) he precisado, con nombres y obras, la existencia actual de dos literaturas españolas. Cada una de ellas —agregaba allí— posee no sólo su órbita, sus valores, sus temas, sino inclusive una determinación especial propia: España y América. O sea, la literatura peninsular y la de ultramar o peregrina, según el calificativo último lanzado desde México y aceptado confirmatoriamente en Madrid.

¿Qué más? La secesión existe en cada uno de nosotros; todos la llevamos dentro por ley hereditaria. Yace en lo soterraño y más inalienable de cada español. Si Unamuno se nos aparece cada día que pasa más trágicamente español y representativo hasta el límite es porque en él se personifica el espíritu nacional de la división íntima. La raíz de sus *aparentes* contradicciones —como yo escribí una vez, mereciendo que Unamuno me subrayara el calificativo (en una carta abierta, *Síntesis*, núm. 33, Buenos Aires, febrero 1930)— tan famosas, estriba en esa dualidad patética de su ser. Unamuno tenía el alma partida entre las dos Españas. Más aún, podría decirse que cada uno de los lóbulos de su cerebro correspondía a los sendos hemisferios ideológicos de España. Y las circunstancias de su muerte lo confirman.

En España todo está dividido. Desde las regiones, con sus particularismos suicidas, hasta los estamentos profesionales. El separatismo local rebasa el área de las reivindicaciones políticas y adquiere violencias fratricidas. En cuanto al espíritu de casta peculiar del "brazo armado", ya es sabido el papel poderoso que ha desempeñado en todas las guerras civiles. Contrariamente, la división más neta en las sociedades de otros países, la división entre clases, apenas ha existido en España. Pero, en cambio, llega a su ápice dramático la división en los indivi-

duos mismos. Mírese cada uno dentro de sí, analice su textura espiritual y no dejará de advertir la raigal escisión: al menos, en la filiación de sus antecesores cuando no en sí mismo. Si se me permite hablar momentáneamente de mí mismo —como único escape personal en el presente ensayo de intención tan objetiva y despersonalizada— declararé que el espíritu de dicotomía late en mis venas. Sin necesidad de remontarme muy atrás, limitándome a lo conocido personalmente: de mis dos abuelos, el paterno comulgaba en el krausismo, asistía a la cátedra de Salmerón, viajó, promovió negocios, era europeísta. Contrariamente, mi abuelo materno era católico a machamartillo, rezaba el rosario, nunca salió de España, e insufló intención partidista a sus escritos, inclusive a una obra que debiera haber sido tan imparcial como cierto *Diccionario biográfico matritense*. Derechas e izquierdas bullen y se afrontan dialécticamente en mi sangre, quiéralo yo o no. Dos hemisferios se disputan ancestralmente mi ser, como el de todo individuo nacido entre los Pirineos y el Estrecho. "Partido por el eje": he ahí una locución proverbial de la vida cotidiana española y que resume, en cierto modo, la biografía espiritual de veintitrés millones de humanos. Considerada su historia como una dialéctica suprema, viva, los momentos de la tesis y de la antítesis han llenado ya muchos siglos. Falta, empero, la tercera etapa hegeliana: la etapa de la síntesis.

Páginas atrás mencioné —a propósito de la nueva y tendenciosa ola de favor que levanta en sus crestas la obra de Menéndez y Pelayo— la terminología que ahora prevalece en España: el uso y aun abuso de palabras tales como "rescate", "restauración", "recuperación". Aludí también a cierto vago estado de espíritu que parece abrirse paso en los más jóvenes: la consciencia de que la completa imagen espiritual de España sólo puede darse por la conjunción de sus dos hemisferios. Advierten la manquedad del panorama literario, y cuentan con los otros, tratando de incorporárselos, aunque sin rebasar la hostilidad, desnaturalizándolos. Muy significativo es, a este respecto, un prólogo a cierta edición, mal llamada completa, de las poesías de Antonio Machado, hecha en Madrid. Quizá andando el tiempo —aunque no lo forzasen favorablemente los acontecimientos— se llegue a comprender que análoga conjunción debe hacerse también en lo político y en los demás órdenes de la vida.

Europa deshecha se rehará una vez más. Desaparecerán hasta los últimos vestigios del cáncer totalitario, mediante el rádium de la libertad, en todas las

naciones. Mas pretender que de ello pueda dimanar la solución total de España, se me antoja una candidez simplista. La solución inmediata será la universal; la mediata, sólo podrá ser específicamente española. Pues lo de allí, aun teniendo expresión general, posee raíces peculiarísimas. Hubo un tiempo, a fines del siglo pasado, en que la cuestión se planteaba así: "España es el problema y Europa la solución". Hoy ya se dice casi unánimemente: "España es el problema y España la solución". Además la verdadera reforma deberá venir desde dentro. No de la estructura de las instituciones, sino del meollo de los seres. La conciencia, los hábitos es lo que capitalmente importa: todo lo demás son no ya estructuras, sino superestructuras.

Cuestión diferencial de palabras —dirán algunos escépticamente. No. Demasiado desnaturalizadas están las palabras en esta hora de consignas, de "slogans". Ahora bien, acontece que las "cuestiones de palabras" son en realidad lo más serio que hay en el mundo, como ha demostrado con todo rigor, sin ningún cubileteo verbal, Denis de Rougemont (SUR, Nº 86). Y frente a los excesos y desfiguraciones a que se someten tendenciosamente las palabras, la función del escritor "es mantener el lenguaje en su pureza, es decir, en su eficacia". "Rescate", "recuperación", etcétera, dicen por allí alocadamente. No. La palabra que corresponde a España —aunque sólo fuera por ley de rotación en los "slogans"— es otra: *integración*. Quede aquí modulada su epifanía.

GUILLERMO DE TORRE

NOTAS

Los Libros

MICHAEL SADLEIR: *Fanny by gaslight* (Constable, Londres, 1941). — Antes de alabar este libro, examinaré (siquiera superficialmente) el antiguo problema que sugieren los primeros capítulos: la mayor o menor credibilidad de las ficciones literarias. Coleridge, hacia 1816, postulaba en todo poema la obligación de provocar "una espontánea suspensión de la duda". Esa exigencia mínima es razonable, pero no agota las complejidades del caso. Por ejemplo: yo creo en Don Quijote y en Huckleberry Finn y en Peer Gynt, pero no en todas las aventuras que les adjudican los libros. Yo creo en las personas de Shakespeare, aunque sospecho que sus musicales períodos no reproducen lo que verdaderamente dijeron sino lo que pensaban o presentían. Creo en las narraciones de Bret Harte y de Maupassant, pero tengo la certidumbre de que éstos han simplificado los hechos. Creo en los tribunales infinitos y en el castillo impenetrable de Kafka, pero no en sus borrosos protagonistas. (A otros les pasa lo contrario: creen en los protagonistas y no en la fábula). Creo en Pécuchet y en Bouvard, pero no en los estudios enciclopédicos que emprendieron. Me deleita el mundo de Chesterton, pero no creo en él; es, para repetir palabras de Leibniz, uno de los infinitos mundos posibles que Dios no ha creado... Para la fe total, no es indispensable que reproduzcamos una por una todas las representaciones de un libro; basta la continua certeza de que el autor ha intuído cada pormenor y el conjunto.

He mencionado libros verosímiles. Hay otros que no sólo parecen ciertos, sino de cuya historicidad me cuesta dudar. Yo, algunas veces, descreo de mi vida pretérita, descreo de haber estudiado latín con una muchacha de Praga,

descreo de ser el enumerativo y árido Borges que suele fabricar para SUR avaras notas bibliográficas, pero estoy seguro de que en la provincia de Buenos Aires un negro fué ultimado a puñaladas por el desertor Martín Fierro —quizá en la misma hora en que Sophia Baines vió, o escuchó, en Auxerre una ejecución capital. Me he referido a *The old wives'tale* de Arnold Bennett, ficción de verosimilitud casi milagrosa; las cien páginas iniciales de *Fanny by gaslight* no son menos indiscutibles.

El argumento es conmovedor: la solitaria niñez de Fanny Hopwood en el decoroso y rígido Londres de 1870. La casa de sus padres —en Panton Street— abunda en escaleras y espejos; hay zonas que le están prohibidas; poco a poco entendemos que es un burdel. Hay una escena intolerable, entrevista: la fuga de una chica de once años vestida horriblemente de mujer, ensangrentada, pálida, engalanada.

JORGE LUIS BORGES

DENIS DE ROUGEMONT: *Suiza, corazón de Europa.* (Instituto Americano de Investigaciones Sociales y Económicas, Buenos Aires, 1942). — Denis de Rougemont, el inteligente escritor suizo que visitó nuestro país bajo los auspicios de SUR, no se ha apartado de sus habituales preocupaciones filosóficas en su libro más reciente. *Suiza, corazón de Europa,* es la obra de un hombre angustiado por las perspectivas que se ofrecen al porvenir político y social de la humanidad.

Sin el conflicto actual, este libro no tendría razón de ser y, por lo tanto, no se hubiera escrito. Arranca del contraste entre la Europa en guerra y la pequeña Suiza, "corazón de Europa", que ha podido escapar a la conflagración general. ¿Es que Suiza carece de interés para aquellos que desencadenaron la guerra? ¿O es que ese país encierra virtudes étnicas, posee instituciones políticas, cualidades morales, conceptos superiores de ética internacional, que lo hacen invulnerable? ¿Será, tal vez, que Suiza tiene una "misión europea" que cumplir, y los Estados del "eje" que la rodean totalmente desde la caída de Francia se inclinan ante la fuerza espiritual de los 22 cantones confederados, constituídos

en una democracia indestructible en virtud de su larga tradición, de su perfecta adecuación al terreno y de sus habitantes? Limítemonos a consignar el hecho concreto: Suiza subsiste como una viviente paradoja, desafía a las dictaduras con su ejemplo de adhesión irreductible a sus viejas instituciones; y por encima o en medio del fragor de la "blitzkrieg" presta imperturbablemente sus servicios de orden internacional y jura defender su independencia y sus libertades hasta el último hombre, si fuesen atacadas.

Denis de Rougemont nos obliga a reflexionar sobre la esencia de la democracia. Ésta, según él, no puede ser sino un organismo dinámico, animado por el derecho y la capacidad de iniciativa de los grupos diversos que lo integran. La democracia perfecta no puede existir sino donde el poder central no dificulta el desarrollo de las cualidades étnicas, de las aptitudes culturales y de las tendencias morales de las comunidades que forman la entidad superior, y en que, al contrario, esas diversidades son la base y la condición de la unidad del todo. La historia de Suiza abona admirablemente este concepto. Desde el Pacto de los tres Cantones de Uri, Schwytzer y Unterwald, en 1291, para oponerse en común al poder creciente de los Habsburgo, hasta la constitución "federal" de 1848, aceptada por los 22 cantones, el país ha revelado cómo de la voluntad de defensa de las propias condiciones de vida, mediante la unión nace la libertad de todos y de cada uno para la realización de sus fines colectivos y particulares. No hay en Europa un país en que se destaquen más que en Suiza los caracteres regionales; pero es asimismo el país en que reina con la mayor fuerza y cohesión el sentimiento nacional, íntimamente unido a la noción de lo super-nacional, de lo europeo.

Este libro se anticipa a ofrecer una solución a los problemas que, fatalmente, han de plantearse después de la guerra actual. Será necesario buscar modelos para la reconstrucción de Europa. Inútil y contraproducente sería pretender reconstruir sobre moldes abstractos el mundo derruído. Suiza es un caso concreto. Su ejemplo da la pauta de lo que deberá ser la Europa de mañana. De acuerdo a ese ejemplo, dos cosas son indispensables: primero, reintegrar al hombre en la plena posesión de sí mismo, devolviéndole todas las libertades a que tiene derecho y de que ha sido despojado en los sistemas políticos "gigantes", sin excluir las grandes democracias centralizadas; segundo, desarrollar el sentido de lo internacional, o sea, de la noción del deber de colaboración en

un plan de unidad supernacional. El porvenir de Europa es el de una gran democracia federada, más o menos a ejemplo de la Confederación helvética. Los males que padece la humanidad no pueden curarse solamente por medios exteriores al hombre. El remedio esencial se encuentra en el hombre mismo, mucho más que en el cuadro de instituciones dentro del cual se mueve. Y para que el hombre llegue a tener noción de su misión supernacional, sin dejar de sentirse dispuesto a defender contra cualquier fuerza su propio ideal nacional, es necesario crear para él las condiciones que aseguren su independencia individual, en armonía con el conjunto que integra. Hay que crear al hombre real, apto para vivir con plenitud espiritual, política y social. "La obra cívica de la Confederación Helvética desde hace seis siglos —dice Denis de Rougemont— podría caracterizarse como un inmenso esfuerzo para adaptar las instituciones públicas a la medida del hombre real. Como el hombre no es real, esto es, responsable, más que en el seno de un grupo humano, todo este esfuerzo cívico ha consistido en preservar los grupos y armonizarlos".

La viviente paradoja de Suiza, conservando su independencia y sus instituciones democráticas no obstante su encierro por las potencias totalitarias, podría explicarse por la misión internacional que lleva a cabo en plena guerra. La Cruz Roja, de creación suiza y en cuyo funcionamiento colaboran hoy gratuitamente 3.000 ciudadanos suizos, es el símbolo más elevado y concreto de esa misión. Suiza sigue ostentando los mismos galardones de nación "techo de Europa" que al asumir la guardia del Gotardo hace 650 años, en nombre del Santo Imperio Germánico y para la preservación de la unidad continental de entonces.

Pero Suiza no puede hacerse ilusiones. Su "neutralidad activa", su "misión europea", su voluntad de defender su independencia y sus instituciones como un pueblo que ve en ellas sus más alta razón de vivir, no impedirían su absorción por el "nuevo orden" en una Europa totalitaria. "La democracia de mañana será federalista, o no será nada", escribe el autor. En una Europa vencida por el hitlerismo, ya no se hablaría de democracia; y el magnífico ejemplo de Suiza sería letra muerta... hasta la próxima resurrección del espíritu.

ARTURO MONFORT

Ana M. Berry: *Las Aventuras de Celendín* (Losada, Buenos Aires, 1942). — La autora acaba de entregar al lector niño un libro de cuentos. *Las Aventuras de Celendín* se intitula. Manuel Ángeles Ortiz realiza con sus ilustraciones una previa alegría para los ojos, y ya en los textos se hallan todos los elementos necesarios para que la criatura expanda en gozo: Celendín en su columpio, Huarichi y sus cantares, Juan, que sabía el idioma del molino y la voz aromosa de los tulipanes, esos príncipes trillizos idénticos con su pompón de color diferente y sin saber nadie quién era quién, hasta que se los dejó desarrollar su vocación y entonces fueron personas sin precisar un pompón azul, verde o rosa para reconocerlos, Mochito, que recibe la más inefable sonrisa del Niño Dios, entre la Virgen y San José, con las buenas bestias en torno arrimándole su abrigo, Liborio Cruz, que tenía nombre de cristiano, la señora Vizcacha en su palacio de veintisiete piezas y Adefesio, que sólo podía llamarse Adefesio, y los señores Horneros en su casa mecida en el aire, con vestíbulo y los puntitos de luz de los tucu-tucus para adornarla, Bambicha, sabedor de la ciencia de Pachamama: éste y aquél y todos los héroes mínimos y grandes del libro, viven su etapa surgiendo de lo posible o de lo imposible, firmemente, con esa existencia que al niño le parece verídica.

No hay que explicar nada. ¿Para qué? Celendín sube al columpio y pasea por los ámbitos del cielo; bajo el cuidado de una mano (¿De qué mano? Tampoco hay que explicarlo), va y viene, mira y conoce, en tren de prodigiosa aventura, regresando a lo cotidiano familiar, sin asombro que limite la separación de la zona fantástica de la zona real. Para Celendín, como para todo niño, el sueño de su sueño en la cama, cuando la noche espesa sombras en el cielo, y el otro sueño de su vigilia frente al ventanal del cuarto de juego abierto al claro día, no tienen diferencia. La certidumbre del rostro de la madre es igual a la certidumbre del rostro de la reina y tanto le da posar la mano en la cuerda de un barrilete como posarla en las cuerdas del columpio que lo llevó dulcemente, viajero por tierra argentina.

Quien desee abrir con la maestría de Ana M. Berry una puerta que dé acceso al niño a lo prodigioso, debe hacer lo que ella: no olvidar jamás la indiferenciación que el infante tiene ante lo real y lo irreal. Y no digo: quien desee adentrarse en el alma del niño, por parecerme imposible el logro. Abrir por lo tanto una puerta al trasmundo donde cada ser tiene un perfil y una voz y una acción,

donde no se aplica lógica alguna y todo alcanza posibilidad. Y narrarlo como Ana M. Berry, sencillamente, con la palabra justa y la intención sin vueltas y revueltas trabajosas que quieren ser lecciones, porque la lección —que siempre la hay si se trata de un escritor auténtico— surge del conjunto que es belleza, bondad, exaltación imaginativa y ternura del corazón.

Auténtico escritor quien narra. Condición primera del que destine al niño obra literaria. En verso o en prosa. Y como ése no abunda, es otro señor, que no escritor, el que se pone al trabajo de hacer cuentos, poesía, teatro, sin calidad, sin emoción, sin contenido de clase alguna, atraído por el género que da dinero, máxime cuando a fuerza de recomendaciones se puede llegar hasta las autoridades educacionales que lo imponen al escolar, quien lo lee porque es obligación leerlo, y ésta suele ser la fuente de repulsa del hombre adulto hacia el libro, inexplicable muchas veces, y que en lo pasado sólo resulta una fijación de tipo freudiano.

El escritor de América que habla español no gusta hacer esta clase de literatura. Si tiene el impulso de realizarla la disimula, se excusa de ella, parece considerarla un baldón. Ni aun en la mujer, en que sería tan explicable, abunda; salvo contadas excepciones, como Gabriela Mistral, en que es lo medular sensitivo de su verso. Y siempre he pensado que nuestro escritor debería imponerse la obligación de destinar al niño parte de su labor, manera primera de habituarlo a los nombres que importan en nuestra literatura, a más de darle elementos propios, de su suelo, de su contorno mediato e inmediato, llevándolo por la patria y sus cosas, sin olvidar que esa patria forma parte de un continente grande. Ese niño, nutrido de pan de fantasía y realidad hecho por mano de americano, sabría catar al correr del tiempo al buen escritor, sin perderse en el fárrago de lo mediocre en dosis semanales. ¿Cómo pretender que el hombre —sí, ese hombre cualquiera— tenga buen gusto literario, si nunca se preocupó nadie de darle lectura decorosa que desde pequeño lo hiciera gustador de excelencias?

De ahí que el libro de Ana M. Berry resulte un regocijada sorpresa para quien siempre lamentó la ausencia de lecturas dignas, apropiadas a la criatura. Porque ella aporta en *Las Aventuras de Celendín* su talento de "auténtica escritora", el conocimiento de lo folklórico, su manera de presentar la tierra con su inextricable flora y su mundo zoológico como juguetes gratos a las manos pueriles, el factor maravilloso en la simple forma anteriormente apuntada, la calidad

del estilo, flúido y que camina alerta, dejando ver todo lo que debe verse y decorar para siempre la memoria del que lee, justo el léxico, no sólo en el empleo del castellano, sino también de lo regional, vocablo que se explica por medio de oportunas llamadas, vivaz y gracioso el diálogo. Y por añadidura, está la fineza de la sensibilidad, el sentido poético haciendo la atmósfera propicia a los mágicos acontecimientos, aire como de nana en la noche para acunar a la criatura amorosamente en los brazos, raya melódica que traza en su alma un solo país de ensueño.

MARTA BRUNET

JUAN MONTALVO: *Páginas escogidas.* (Colección Estrada, Buenos Aires, 1941). — Arturo Giménez Pastor justifica su antología con la convicción de que la obra de Montalvo "es una de las más altas expresiones de arte literario surgidas en América".

También Rodó había exagerado su estima; pero como él describió —¡deslumbrantemente!— los movimientos vivos de la prosa de Montalvo, supimos qué virtudes le admiraba. Con todo, nos avisó que esa prosa no era ejemplar.

No es ejemplar, ciertamente; y admirable sólo en la tenacidad del juego verbal. Aun más intensa que su pasión política fué su pasión por las palabras. Los prodigios de su retórica le dieron fama de pensador, como a Víctor Hugo, pero en verdad ese pensamiento que fluía sosegadamente, en hilillos delgados, por debajo de sus ardientes polémicas, era un pensamiento obvio aun para su tiempo.

Su más visible lujo fué el lenguaje. ¡Qué asombrosa colección de antigüedades, qué variedad de recursos tradicionales, qué nobleza en el material sonoro de la lengua restaurada! Pero también en su estilo la riqueza era aparente: en el fondo su concepción de la lengua era angosta y empobrecedora. Vivía embriagado por el licor bebido en los añejos moldes del idioma, y creyó que ésa era la norma. Residuos del siglo XVII cristalizados en una lengua literaria, no una nueva lengua poética alimentada por la vida. Literatura, no poesía.

Su primer esfuerzo fué despegarse del habla familiar: "En América se ha-

bla americano; pero a mí me gusta hablar castizo, y he leído, y he estudiado".

Su actitud era, en efecto, la del estudioso. Lápiz en mano se iba surtiendo de palabras y sintagmas en los textos clásicos, atento a las academias y a las gramáticas. Sus lectores inmediatos se asombraban, llegaron a pedirle que escribiera con llaneza: "¡Jesús si he de hacer eso! —respondió él—. ¿Olvidaré la lengua castellana, que me he empeñado en aprender hasta hacerme llamar *español y de los mejores tiempos* por insignes literatos? ¡No quiero! Hablen allá su lengua, que yo hablaré castizo. No me entienden, porque no prohijo ese idioma triorquida, ese monstruo nacido de tres padres de diferente naturaleza, esa jerga americana compuesta de castellano, francés y quichua".

Sin desconocer las jerarquías oficiales del habla (¡a qué distancia estamos de Sarmiento!), Montalvo funda toda autoridad en los grandes ejemplos de la literatura española: "En orden a lenguaje sepa, si alguno se previene a censurarnos, que lo hemos aprendido en los autores clásicos, en los escritos del buen tiempo"; "no hay arte ni diccionario capaces de contener toda una lengua, y donde se la estudia y aprende, donde se la chupa el jugo, si hay quien me sufra esta expresión, es en los autores consagrados por el asenso unánime"; "pues advierto desde ahora que en hecho de lengua yo nada he inventado, y si algo hay nuevo en mi modo de decir, lo debo a la lectura de los maestros del siglo de oro de nuestra habla".

Cuando escribió sus *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* se propuso ante todo estudiar la lengua castellana: "Y tú, Cervantes, a quien he tomado como guía, como Dante a Virgilio, para mi viaje por las oscuras regiones de la gran lengua de Castilla, echa sobre mí los ojos de la eternidad y anímame".

Era una evasión. A pesar de su beligerancia en favor de la libertad en América, atenuó en lo que pudo el contenido americano de sus libros. Aspiraba a públicos ideales, a públicos de Europa o de minorías doctas, a públicos del pasado o de la posteridad. Quedó así como una figura curiosa, singular, rara, solitaria, entre las más geniales que ha dado nuestro continente. En el motivo de su evasión, de su barroco, de sus exploraciones librescas, de su afectada ansia de universalidad, reconocemos sin embargo la fértil vitalidad del americano, decidido a empinarse sobre las penurias de América.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

Rudyard Kipling: *La litera fantástica.* (Editorial Hachette, Buenos Aires, 1942). — La disconformidad no es la característica impetuosa de estos nuevos editores de Kipling. Reproducen una selección de cuentos hecha en 1921 para las notables publicaciones Atenea, de Madrid, y reeditada en 1938 para la Colección Contemporánea, de Buenos Aires. Reproducen la traducción que el señor Carlos Pereyra ocasionó a las publicaciones Atenea y que la Colección Contemporánea había reproducido inexorablemente. Reproducen las erratas de la primera edición, ya respetadas por la de 1938; sin embargo, en esta materia, es injusto negarles cierta iniciativa.

Entre los relatos de *La litera fantástica* señalaré: "La aldea de los muertos", "full of pleasant atrocity", pero con un final débil, "El rey de Kafiristán", excesivamente admirado por Andrew Lang y por Wells, y "El Juicio de Dungara", pésimo. No creo —nuestros editores parecen creerlo— que los seis relatos de este libro sean los únicos relatos de Kipling que merezcan ser traducidos.

Oscar Wilde afirma que el verdadero escritor se mueve en un ciclo de obras maestras, donde la primera no es inferior a la última, y que solamente los mediocres evolucionan y progresan. Esto es inexacto. Las virtudes (o los defectos) se desarrollan. Los últimos libros de Stevenson están mejor escritos que los primeros; los últimos relatos de Kipling están mejor escritos y mejor inventados que los primeros. Más de treinta ha publicado Kipling después de 1920; pueden recordarse: "The Wish House", "The Eye of Allah", "The Gardener", "Dayspring Mishandled", "The Church that was at Antioch", "The Manner of Men". Sin embargo, en la nota bibliográfica del libro que ahora comentamos se ignora —con excepción de "Something of Myself"— todo lo que el autor publicó después de 1920. En este descuido y en alguna que otra errata se entrevén principios de iniciativa, merecedores de aliento, sin duda, pero efímeros.

Como no puedo transcribir y comentar aquí las 192 páginas de *La litera fantástica,* mis críticas a la traducción del señor Carlos Pereyra son meramente lineales. Pero no debe olvidarse que desde la feliz plenitud de Shakespeare y el fervor certero de San Juan de la Cruz hasta *Le monoplan du Pape* de Filippo Tommaso Marinetti, toda literatura, y aun la traducción del señor Pereyra, es lineal.

El señor Pereyra suele no entender inglés; traduce por ejemplo: *hizo algo más que un...*, por *making much of an...*; *impresionaba su palabra doliente,*

por *he had a sick man's command of language; inventores de máquinas para el beneficio de la "punkah"*, por *inventors of patent punkah-pulling machines* ("punkah" es un gran abanico, o ventilador, fijado en el techo y que se mueve tirando de una cuerda); *¡Pobre Daniel! ¡Fuiste Monarca un solo día!*, por *Poor old Daniel that was a monarch once!* Apela también a su Minerva particular: por ejemplo, cuando convierte *I turned away* en *Volví grupas*, y el texto se refuerza con un caballo, o se transforma en centauro el protagonista; o cuando *I became respectable* se compendia en *yo me incorporé a la existencia de los hombres respetables;* o cuando *O Peacock, cry again* llega a ser el poderoso dístico:

Pavo, pavo, pavo real,
grita pavo, grita más.

El señor Pereyra es implacable con los efectos literarios. Kipling escribe que en el despacho de un diario de provincia *entraban compañías de té y elaboraban sus prospectos con las lapiceras de la oficina* (*tea-companies enter and elaborate their prospectuses with the office pens).* En esta frase hay dos efectos, y ambos están motivados por las palabras "compañías de té". El primero es con relación al contexto: ese despacho, al que fatigaban innumerables y absurdos visitantes, queda aún más obstruído cuando se dice que recibía "compañías de té". El segundo consiste en la caída que hay al final de la frase. Las "compañías", al redactar sus prospectos con las lapiceras de la oficina, se reducen bruscamente. El riguroso Pereyra traduce: *Los representantes de compañías de té entran...* etc.

De las erratas daré un solo ejemplo. *Los jefes de los dos Credos*, de la edición de Madrid, fueron *Los jefes de los dos Cerdos*, para la edición de 1938. La nueva edición mantiene los Cerdos.

ADOLFO BIOY CASARES

ÁNGEL GUIDO: *Redescubrimiento de América en el arte* (Universidad del Litoral, Rosario, 1941). — En un grueso volumen de 360 páginas, con 135 ilustraciones, ha compilado el arquitecto Ángel Guido conferencias y artículos sobre los más diversos temas, tales como "América frente a Europa en el arte",

"Filosofía del arte en la actualidad", "Arqueología y estética de la arquitectura criolla", "El espíritu de la emancipación en dos artistas americanos", "Rehumanización del arte", "La pintura de nuestro tiempo", "El paisaje en el arte de América", "Radiografía del Rascacielo" y "Urbanización del Norte argentino".

Intento de aclaración del hermético título de la obra y, a la vez, ejemplo característico del metafórico estilo del autor es el párrafo de la "Advertencia" preliminar transcripto a continuación:

"Pero, veamos un poco, la dimensión estética del concepto "redescubrimiento". Redescubrimiento de América en el arte es, para mí, revivencia de "valores estéticos" emboscados en la realidad viva y profunda de nuestra América. Redescubrimiento no es exhumación de valores muertos. Es exaltación de valores vivos. De valores vivos —repito— siempre grávidos de humus telúrico y de lo recónditamente humano de América".

Valor vivo —así lo proclaman una carta de D. Ricardo Rojas que constituye el "Pórtico" del libro y el acta y la nota de las autoridades de la Facultad de Arquitectura del Uruguay reproducidas en el "Epílogo"—, el arquitecto Ángel Guido profesa con exaltación su fe americanista y su desdén por la "hegemonía de lo europeo" en el arte de Eurindia, citando, glosando e interpretando en favor de su tesis de autarquía artística americana a D. José León Pagano, Riegl, Worringer, Pinder, Dilthey, Wölfflin, Brinckman, Dvorak, Gropius y otros autores, sin excluirse a sí mismo y su ya abundante bibliografía. Expresa que la "Eurindia viva" ha producido dos creaciones singulares que son los rascacielos neoyorquinos y la pintura mural mexicana. Y, refiriéndose al aporte del aborigen a los estilos importados, formula la siguiente, luminosa, ecuación: "Arte barroco español + arte indígena = arte indohispano".

En materia de arte contemporáneo, las nociones del arquitecto Ángel Guido, especialista en arquitectura colonial, son bastante imprecisas. Uno de los indudables males del eurindio es cierto afán poligráfico de opinar "de omni re scibili et quibusdam aliis" sin análisis profundo de los temas. "Entendemos —dice el autor— que ha llegado la hora de las definiciones limpias. Hora es, si no queremos que las grandes obras de arte moderno queden *insumidas* (sic) en la incomprensión más insoportable que se haya consumado en la Historia del Arte. Y de esta incomprensión casi general son responsables los críticos, los estetas, es decir, nosotros mismos, los del oficio". Este aparente "mea

culpa", este declarado propósito de definir limpiamente, no le impiden, sin embargo, calificar de "expresionista" al cuadro *Los tres músicos* de Picasso o manifestar: "El pintor postimpresionista pinta lo que piensa" y "el expresionista pinta lo que sueña", lo cual evidencia el desconocimiento del sentido preciso, incontrovertible, que tienen los términos "postimpresionista" y "expresionista" para cualquier autoridad competente. Del mismo modo, son arbitrarias las consideraciones sobre "humanización", "deshumanización" y "rehumanización" ejemplificadas, respectivamente, según el autor comentado, por el *Doríforo* de Policleto, las esculturas de la catedral de Chartres y el *David* de Miguel Ángel. La licencia en el uso de tales vocablos forzosamente ha de llevar la confusión a la mente de los lectores desprevenidos.

Sea lo que fuere, "*Redescubrimiento de América en el Arte* responde a una generosa intención de proselitismo artístico y representa un esfuerzo loable. Contiene páginas instructivas acerca del "Aleijadinho", el indio Kondori y Diego Rivera, y agita problemas de interés para todo americano. Las ilustraciones son muy interesantes.

JULIO E. PAYRÓ

Calendario

por Ernesto Sábato

Revistas

En *Scrutiny* (Londres, enero de 1942) aparece un ensayo de D. J. Enright sobre la literatura de la tradición irlandesa. Parece profesar la opinión de que el *Irish Literary Revival* debe considerarse como un memorable fracaso, si se exceptúa *Jinetes hacia el mar* de Synge. En cuanto a Sean O'Casey, no pertenece estrictamente al movimiento sino al de la nueva literatura europea.

El mismo Enright comenta el libro de Mrs. E. M. Butler sobre Rilke. A la autora le apasiona la idea de que Rilke fué *a nasty man*. "El tono del libro sugiere que miraba a Rilke con graves sospechas antes de leerlo, que le desagradó de todo corazón cuando lo hubo leído, y que detestó por completo al hombre cuando escribió sobre él".

Logosofía, junio de 1942: *La inocencia como factor de bien*. No lo creemos.

Nosotros, número 75: Un largo ensayo de Pablo Rojas Paz sobre Payró: "Fué nuestro Zola y nuestro Balzac". Estudios críticos sobre Mallea y Machado de Asís por Valentín de Pedro y Lidia Besouchet, respectivamente.

Lettres Françaises, número 5: Después de muchos años de ausencia, St.-J. Perse (Alexis Léger) reaparece con un extenso poema: *Exil*. Fué publicado anteriormente por la revista *Poetry*.

¿Es la ciencia moralizadora? Julien Benda discute el tema con claridad y cita la frase de Gaston Pâris: "La ciencia no tiene otro objeto que la verdad misma, *sin preocuparse de las consecuencias buenas o malas, lamentables o felices*, que esa verdad pueda tener en la práctica". Si un sabio hace obra humanitaria no será como resultado de su espíritu científico, sino de su espíritu filantrópico.

Etiemble analiza el sentido de la noche en Supervielle. Su noche no es la Noche Total de Renéville, la realización óptica de la Nada, sino un universo tiernamente bañado con *Le lait bleu de la lune et le miel des étoiles* Nada hay en ella que sea exageradamente ininteligible; si bien la inteligencia no es toda la poesía, sin inteligencia no hay posibilidad de poesía. Creo que algo parecido podría decirse de sus relatos: Supervielle es siempre francés; llega a lo irracional muy razonablemente.

Charles-Albert Cingria expone las razones por las cuales Chesterton no tiene gran éxito en los pueblos latinos (pensamos, por el contrario, que tiene en ellos más éxito que en su propio país). Pero —según Cingria— en los pueblos latinos no ha habido Reforma, y es la Contra-Reforma lo que ha traído la orgiástica actividad chestertoniana.

Su destino, julio de 1942. El profesor Pascual Maiolo descubre la línea de Plutón.

Para los quirólogos era un problema encontrar en la mano la línea correspondiente a este lejano planeta, descubierto en 1930. Aparece en personas con tendencia al desdoblamiento.

Abside (México) adelanta un capítulo de *Espejismos del divorcio*, novela de Perfecto Méndez Padilla, que desenmascara los sofismas de la pasión deshonesta.

Dyn, número 1 (México). Un grupo de artistas, encabezados por Wolfang Paalen, lanzan una nueva estética revolucionaria.
En *Farewell au Surréalisme*, Paalen expone sus desavenencias con los fundamentos hegelianos y marxistas del movimiento surrealista. El surrealismo podrá seguir produciendo obras de arte, pero será incapaz de fijar la posición del artista en el mundo actual y de *formular objetivamente* la razón de ser del arte. Considera necesario revalorizar la función vital del arte en su relación con la más preciosa facultad humana: la imaginación. En otro ensayo, Paalen enuncia los postulados del nuevo movimiento: Reivindicación del verdadero automatismo y de la "imagen prefigurativa", en virtud de la cual el artista se adelanta a su tiempo, como un vidente, soñando las cosas por venir.
El "dynismo" parece tener un Anticristo: Salvador Dali. "Dali—Chirico; es toda la diferencia que hay entre la adivinanza y el enigma".

Cine, número 3. Un artículo de Pabst: "Lo que importa es la imagen. Por eso sigo pensando que el creador de una película es más el director que... etc." Y también el destructor, cuando concede a la imagen una importancia exclusiva (como podría demostrarse con algunos films del mismo Pabst). Artículo poco afectuoso de Vilanova sobre "Soberbia" (*The magnificent Ambersons*), la película de Orson Welles filmada en el Brasil: "Un trópico visto con telescopio, con los ojos del wagnerianismo cinematográfico de Mr. Welles".

Conducta, número 20. Carlos A. Orlando opina sobre *Los sobrevivientes*, representada en el Teatro Nacional de Comedia: "No puede juzgarse este misterio como una obra de teatro sino como un ensayo literario-teatral, tan lleno de pretensiones como falto de claridad".

En el número 17 de *Nueva Gaceta*, un artículo de Córdova Iturburu sobre la pintura de Norah Borges: "Sus óleos, sus dibujos, sus temples, sus acuarelas —de líneas tan limpias y puras y de color tan delicado, transparente y armonioso— apuntan a la revelación de un mundo poético".

A propósito de los premios nacionales dice A. Sánchez Riva: "La Comisión Nacional de Cultura cuida escrupulosamente de su propio desprestigio".

Libros

EVELINO LEONARDI: *La unidad en la Naturaleza* (Gil).

Los números —dice Platón— constituyen el más alto grado del conocimiento; más aún, son el conocimiento mismo. El señor Leonardi revalora la concepción aritmetológica del universo y logra establecer relaciones entre el número 744, las manchas solares, los

estados de melancolía (depresiva), los pentágonos y las enfermedades de señoras.

F. Romero y E. Pucciarelli: *Lógica* (Espasa-Calpe).
Digna de señalarse —por lo desusada— la exacta información crítica sobre los modernos problemas de la filosofía de las ciencias.

Aaron Copland: *Our New Music* (Whittlesey House, N. Y.)
Un libro preferible a la música del autor. Copland recomienda cálidamente la vuelta a ciertos principios del siglo XVIII (claridad, simplicidad), que él no practica.

Serge Voronoff: *Du crétin au génie* (Maison Française, N. Y.).
Renovada expresión de las creencias optimistas (pero falsas, por desdicha) del famoso profesor.

Veamos cómo se expresa un muchacho de Nueva York, según el traductor de *Manhattan Transfer* (Editorial Rueda): "Uno d'esos jaleos d'autos, me figuro. ¿No lé usté los periódicos? Hacen bien. ¿No cré usté? ¿Con qué derecho van esos malditos chismes disparaos por las calles atropellando mujeres y críos?"

Espectáculos

Cinco hombres: como film de propaganda nazi, mediocre. Así se explica que la Embajada alemana haya obtenido que se prohiba su exhibición.

Ellen Glassgow, superflua hija de Carolina Invernizio y de Freud, ha llevado al cinematógrafo *In this our life*. Bette Davis (tiene los ojos más saltones y está más excitada que de costumbre) representa el Mal: comete diversas fechorías, baila la conga y acaba por matarse.

La Máscara ha puesto en escena *Despierta y Canta*, de Clifford Odets, dramaturgo norteamericano de la última generación. Las obras de Odets sobresalen por el diálogo —viviente, pintoresco— y por cierta audacia escénica — el recurso expresionista de los *Flash-backs*, por ejemplo.

Comentarios

El R. P. Charles disertó en Buenos Aires sobre antisemitismo. Invitó a ciertos católicos (abundan en nuestro país) a recordar que la Virgen, Jesús y los doce Apóstoles eran judíos.

John D. Fitz-Gerald, de la Universidad de Arizona, prepara un índice biográfico de escritores hispanoamericanos.

La Comisión Nacional de Cultura no comete sus errores *au petit bonheur*. Los estudia, los prepara, los enuncia minuciosamente: *jamás* hace lo que debe. Profesa cierta genial perfección de lo incorrecto. Ahora no

se ha dejado sorprender por la Comisión Asesora de Ciencias, y rápidamente ha desconocido y tergiversado el dictamen propuesto. La Comisión Asesora deja constancia pública de que no le cabe ninguna responsabilidad en la adjudicación del primer premio.

Lin Yutang (tal vez resulte una sociedad anónima: Lin-Yutang Inc. Co) está compilando un volumen de filosofía oriental y trabaja en una antología de literatura china, usando traducciones propias y ajenas — de autores chinos, ingleses y norteamericanos.

Noticiario

Río de Janeiro. Brasil declara la guerra a Alemania e Italia.

Vichy. El Papa protesta ante el Mariscal Pétain por las persecuciones antisemitas. Pétain: "Todo este asunto de arrestos y deportaciones es penoso, pero tengo el consuelo de que el Santo Padre comprende mi posición". Monseñor Valery: "Mariscal, está usted equivocado. El Santo Padre no la comprende ni la aprueba".

Ginebra. Muere Guglielmo Ferrero.

Varsovia. Son ejecutados ocho intelectuales y artistas polacos, entre ellos Nisezorkiewiecz, ex-director del Museo Nacional, y María Gerson Dabrowska, pintora y escultora.

Madrid. Los restaurants no pueden ostentar productos alimenticios en sus vidrieras. Tampoco se pueden hacer comidas a la vista del público.

Buenos Aires. Ezequiel Martínez Estrada es elegido presidente de la Sociedad Argentina de Escritores; Eduardo González Lanuza, vicepresidente.

Vichy. Han sido arrestados siete hombres de ciencia, entre ellos el eminente psicólogo Lapicque, y el lingüista Vendryes, decano de la Facultad de Letras. Ha sido ejecutado el físico Solomon, yerno de Paul Langevin. Se han suicidado los profesores Wetheimer y Bloch.

Vichy. Los alemanes han detenido en París a 18.000 judíos, entre ellos muchos niños, para ser esterilizados.

Nueva York. Muere Miguel Fokine.

Nantes. La bomba contra la organización Doriot, correspondiente a la última semana de julio, destruyó la sede del cuartel general.

Buenos Aires. Waldo Frank es declarado persona no grata, y a continuación es agredido por seis fascistas armados; se suspende la salida de *Argentina Libre;* se prohibe la representación de *La mandrágora,* de Maquiavelo, y de *L'Occasion,* de Merimée; la policía secuestra *Campo minado,* libro que denuncia la penetración nazi; se prohibe la exhibición de las películas *Cinco hombres* y *Espía del Japón.*

ÍNDICE

Pág.

El corazón de la literatura norteamericana moderna, por *Waldo Frank* 7
A Francia en 1942, por *Silvina Ocampo* 24
La jerarquía de los seres, por *Roger Caillois* 31
Un ángel de Puerto Rico en Nueva York, por *Álvaro de Silva* (con un dibujo de *Norah Borges*) 45
Pez, por *Eduardo González Lanuza* 57
Menéndez y Pelayo y las polémicas sobre España (conclusión), por *Guillermo de Torre* 58

NOTAS

Los LIBROS: Michael Sadleir: "Fanny by gaslight", por *Jorge Luis Borges* 72
Denis de Rougemont: "Suiza, corazón de Europa", por *Arturo Monfort* 73
Ana M. Berry: "Las aventuras de Celendín", por *Marta Brunet* 76
Juan Montalvo: "Páginas escogidas", por *Enrique Anderson Imbert* 78
Rudyard Kipling: "La litera fantástica", por *Adolfo Bioy Casares* 80
Ángel Guido: "Redescubrimiento de América en el arte", por *Julio E. Payró* 81
CALENDARIO, por *Ernesto Sábato* 84

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 037921.
Título de marca Nº 159.486.

ESTE NONAGÉSIMO QUINTO NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
TREINTA Y UNO DE AGOSTO DE MIL
NOVECIENTOS CUARENTA Y DOS
EN LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES

EDICIONES "SUR"

ACABA DE APARECER

LUZ DE AGOSTO

por WILLIAM FAULKNER

"Luz de Agosto" es la obra maestra de William Faulkner

WALDO FRANK

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO :

G. LOSADA - ALSINA 1131

Precio: $ 5.— m/arg.

SUR consagra su número próximo a los Estados Unidos del Brasil:

Una visión completa de la vida espiritual brasileña

Ensayo ☆ Novela ☆ Cuento ☆ Poesía ☆ Música ☆ Artes Plásticas

COLABORACIONES DE

Manuel Bandeira ☆ Rachel de Queiroz ☆ Vinicius de Moraes ☆ Ribeiro Couto ☆ Carlos Drummond de Andrade ☆ Cecilia Meireles ☆ Federico Augusto Schmidt ☆ Jorge Lins do Rego ☆ Murilo Mendes ☆ Adalgiza Nery ☆ Jorge de Lima ☆ Mario Andrade ☆ Jorge Amado ☆ R. Navarra ☆ Cassiano Ricardo.

Todo argentino que desee compenetrarse con la literatura y el arte brasileños deberá consultar nuestro próximo SUR ☆ Será un número informativo y orientador.

EDICIONES SUR

TESTIMONIOS 2ª. Serie (1935-1941) *por VICTORIA OCAMPO*

Literatura - La Mujer - América - Amistades - La Guerra

Un cuidado volumen de 520 páginas, con numerosas fotografías, donde la autora ha reunido gran parte de su labor intelectual de los últimos siete años. ★ ($ 7.-)

EL JARDIN DE SENDEROS QUE SE BIFURCAN *por JORGE LUIS BORGES*

Una muerte simbólica, una biblioteca infinita, una lotería implacable, un libro que abolirá la realidad... ★ ($ 2.80)

SAN ISIDRO *por VICTORIA OCAMPO*

Con un poema de Silvina Ocampo y 68 fotografías de Gustav Thorlichen. ★ ($ 16.-)

TRES GUINEAS *por VIRGINIA WOOLF*

Un libro constructivo y seductor. Todos los hombres conscientes deben leerlo; y no sólo leerlo, sino estudiarlo, todas las mujeres responsables que tengan algún deseo de ayudar a la humanidad. ★ ($ 3.50)

EL DESTINO DEL HOMO SAPIENS *por H. G. WELLS*

Los orígenes de la guerra actual. Juicio magistral sobre el nazismo, el comunismo y la democracia. ★ ($ 3.50)

¿CAMBIAR EL MUNDO O CAMBIAR EL HOMBRE? *por DENIS DE ROUGEMONT*

La única solución, para el cristiano, del problema esencial de nuestro tiempo. ★ ($ 1.-)

UN BARBARO EN ASIA *por HENRI MICHAUX*

El libro más concreto, más vívido, a veces más cínico, sobre el Asia. ★ ($ 3.-)

GARCIA LORCA: PERSONA Y CREACION *por ALFREDO DE LA GUARDIA*

Apuntes biográficos y exégesis del gran poeta andaluz. ★ ($ 3.-)

Vient de paraître le numéro 5 de

LETTRES FRANÇAISES

Cahiers trimestriels de littérature française, édités par les soins de la revue SUR *avec la collaboration des écrivains français résidant en France et à l'Etranger.*

SOMMAIRE:

St.-J. Perse: Exil
Julien Benda: La Science et la Guerre
Etiemble: Supervielle et le "Sens de la Nuit"
Jules Supervielle: Poèmes
Charles-Albert Cingria: G. K. Chesterton et les Peuples Latins

Textes à relire:
Ernest Jünger: La guerre, notre mère

L'actualité Littéraire:
REVUE DES REVUES: Revue des Deux Mondes; La France Libre; La Nouvelle Relève.

BULLETIN DE SOUSCRIPTION

(*à retourner à la Revue* SUR, San Martín 689)

Nom .....

Adresse .....

Abonnement à la serie de 4 cahiers [1]:

Simple	Argentine	$	5,—	Étranger	$	1,50 (dollars)
De soutien (exemplaires de luxe)	„	$	20,—	„	$	6,— „
De Fondation (exemplaires sur papier pur fil, en nombre strictement limité, numerotés de A a Z)	„	$	100,—	„	$	30,— „

Les souscriptions sont reçues à la revue SUR (San Martín 689; U. T.: 31 - 3220), Buenos Aires, Rep. Argentina. — Les payements peuvent être effectués par chèque ou mandat postal, national ou international, au nom de la revue SUR.

1 Rayer les formules inutiles.

AVIS IMPORTANT

Pour satisfaire à de nombreuses demandes, le numéro 1 de LETTRES FRANÇAISES, épuisé dès sa parution, a été réédité. Il est en vente aux bureaux de la revue, ou envoyé sur demande accompagnée du chèque correspondant, au prix de: $ 2.- (m/n.) (Etranger: 0.50 dollar)

La Collection complète de la première année de la revue est en vente dans les mêmes conditions au prix de: $ 7.- (m/n.) (Etranger: 2 dollars)

EDICIONES SUR

VIAJE OLVIDADO

por

SILVINA OCAMPO

Imaginación y lirismo, novedad y gracia de expresión se alían en las páginas de este primer libro, auténtica revelación de un valor nuevo en las letras argentinas.

★ **($ 2.— m/n.)**

Los Católicos, la Política y el Dinero

por

PIERRE-HENRI SIMON

Libro en que se afrontan con la mayor claridad y valentía los deberes y las responsabilidades del catolicismo frente a los intereses de la política y del dinero.

★ **($ 2.50 m/n.)**

EL EJERCITO DEL PORVENIR

por el

GENERAL DE GAULLE

★ **($ 2.— m/n.)**

Los Judíos entre las Naciones

por

JACQUES MARITAIN

Lo que piensa un gran filósofo católico sobre este "inmenso y doloroso problema".

★ **($ 0.60 m/n.)**

HEMOS

adquirido

PRESTIGIO

como impresores de libros

Esta consagración no solamente se debe a la pulcritud y perfección, ya indiscutible, de cada obra que sale de nuestras prensas, sino también al excelente servicio y colaboración que prestamos a los autores. Para ello contamos con verdaderos artistas egresados de las más importantes escuelas del libro, y con un cuerpo de expertos correctores que poseen vasta erudición y amplios conocimientos técnicos. Disponemos asimismo de una gran maquinaria moderna, con un sinnúmero de implementos mecánicos y un surtido enorme de tipos procedentes de las mejores fundiciones del mundo, lo cual nos permite adaptar con toda justeza la letra adecuada para cada obra, según su índole.

Nuestra organización perfecta en sus más mínimos detalles CON MAS DE TREINTA AÑOS DE EXPERIENCIA, EN CONSTANTE SUPERACION AL SERVICIO DEL LIBRO, nos permite producir las mejores ediciones a precios sumamente moderados.

ANTES DE IMPRIMIR SU OBRA
CONSULTENOS

IMPRENTA LOPEZ

al servicio del libro

PERU 666 ★ BUENOS AIRES
TELEFONOS: 33, AVENIDA 2981 - 2 - 3

EDITIONS DES LETTRES FRANÇAISES

LE ROMAN POLICIER

por

Roger Caillois

★ **($ 1.80 m/n.)**

POÈMES DE LA FRANCE MALHEUREUSE

por

Jules Supervielle

★ **($ 1.20 m/n.)**

Novedades

ESPAÑOLES DE TRES MUNDOS, por JUAN RAMÓN JIMÉNEZ .. .. $ 4.—
Una serie de retratos, siluetas y caricaturas líricas de escritores y artistas españoles y americanos. Originalísimas interpretaciones por el gran poeta autor de PLATERO Y YO.

USTEDES Y NOSOTROS (NUEVO MENSAJE A IBERO AMÉRICA) por WALDO FRANK .. .. „ 3.50
Ante la inminencia del riesgo común el gran ensayista norteamericano, cuya opinión posee tanto crédito en toda Hispanoamérica, formula normas de acción.

FORTUNATA Y JACINTA, por B. PÉREZ GALDÓS, (4 volúmenes), cada uno .. .. .. „ 2.50
La mejor obra del gran novelista español cuyo primer centenario de su nacimiento se cumple próximamente.

POESÍA JUNTA, por PEDRO SALINAS .. .. „ 6.—
Toda la obra del gran poeta español, una de las figuras más representativas de la lírica contemporánea en nuestro idioma.

AZORIN, por RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA .. .. „ 2.50
Un libro que es no sólo la biografía de este gran escritor, sino también la historia de toda una época literaria, y particularmente, de la famosa generación de 1898.

LA VORÁGINE, por JOSÉ EUSTASIO RIVERA .. .. „ 2.50
La novela de la selva. Una obra maestra de la novelística americana.

LA ESCUELA VIVA, por OLGA COSSETTINI .. .. „ 3.—
Un libro que refleja las últimas experiencias de la moderna pedagogía hechas en su escuela de Rosario por una prestigiosa educadora argentina.

AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS, por AZORÍN .. .. „ 2.—
Sutilísimas interpretaciones de las obras maestras de la literatura castellana desde el Poema del Cid hasta Bécquer.

CUADERNOS DE INFANCIA, por NORAH LANGE .. .. „ 2.50
Tercera edición de este libro laureado con el premio Nacional de Literatura.

¿QUÉ ES LA LINGÜÍSTICA?, por BENVENUTO TERRACINI .. .. „ 1.25

AFORISMOS, por GEORG CHRISTOPH LICHTEMBERG .. .. „ 3.50

WAGNER, SU VIDA Y SU OBRA, por R. L. JACOBS .. .. „ 6.—

NUESTRA SEÑORA (novela), por UPTON SINCLAIR .. .. „ 3.50

LA RECONSTRUCCIÓN ECONÓMICA DE ESPAÑA, ENSAYO ESPECULATIVO SOBRE UN FUTURO PROBABLE, por M. SERRA MORET .. .. „ 1.—

INTRODUCCIÓN A LA ESTILÍSTICA ROMANCE, por KARL VOSSLER, LEO SPITZER y HELMUT HATZFELD .. .. „ 3.50

EDITORIAL LOSADA, S. A.

ALSINA 1131 BUENOS AIRES

S U M A R I O

WALDO FRANK: El corazón de la literatura norteamericana moderna ☆ *SILVINA OCAMPO*: A Francia en 1942 ☆ *ROGER CAILLOIS*: La jerarquía de los seres ☆ *ÁLVARO DE SILVA*: Un ángel de Puerto Rico en Nueva York (con un dibujo de Norah Borges) ☆ *EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA*: Pez ☆ *GUILLERMO DE TORRE*: Menéndez y Pelayo y las polémicas sobre España (conclusión) ☆ NOTAS ☆ LOS LIBROS por *Jorge Luis Borges, Arturo Monfort, Marta Brunet, Enrique Anderson Imbert, Adolfo Bioy Casares* y *Julio E. Payró* ☆ CALENDARIO por *E. Sábato.*

A G O S T O D E 1 9 4 2